

BOLETÍN OFICIAL DEL
Arzobispado
de **Burgos**

Tomo 161 / N.º 2 / Febrero 2019

BOLETIN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 161 – Núm. 2

Febrero 2019

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes



I EPIFANÍA, UNA FIESTA MISIONERA

(6-1-2019)

Celebramos este domingo la solemnidad de la Epifanía del Señor, la popular fiesta de Reyes que llena de alegría e ilusión a todos nuestros pequeños. Hoy evocamos aquel acontecimiento, tan singular y significativo, en el que unos magos venidos de Oriente fueron guiados por la estrella hasta Belén para adorar a Jesús recién nacido y ofrecerle como regalo oro, incienso y mirra.

Esta fiesta concluye, y podemos decir que consuma, el ciclo de Navidad, porque pone de manifiesto –Epifanía quiere decir manifestación–, el sentido profundo de la Encarnación y del Nacimiento de Jesús: ofrecer el don de la revelación y de la salvación a la humanidad entera, sin ningún

tipo de limitaciones y de fronteras. En aquellos tres misteriosos personajes se condensa la esperanza de tantos pueblos y razas por encontrar una palabra reveladora y un don sin condiciones. Aquellos magos, llegados de lejanos lugares de la tierra, se nos presentan como vigilantes y valientes buscadores de Dios. Y sus dones son una respuesta al don que Dios hace de sí mismo a toda la humanidad.

La práctica del intercambio de regalos, un acto tan sencillo y profundamente humano, refleja el hondo sentido de la fiesta litúrgica. Los niños lo viven con una ilusión y una ingenuidad especialmente conmovedoras en sus hogares, con sus familias. Pero también los adultos participan de la misma experiencia fundamental: el regalo es un signo del corazón abierto, de la comunicación generosa, del cariño a las personas queridas, del deseo de compartir con los otros la alegría y la felicidad... Con el regalo, de alguna manera, aportamos algo de nosotros mismos. Los cristianos, debemos vivirlo como reflejo de la iniciativa divina de comunicar a la humanidad entera los dones de su gracia y de su misericordia.

En la Epifanía del Señor, Jesús se da a conocer, manifestando que viene para todos. La Epifanía despliega así el dinamismo misionero y la apertura a la experiencia del amor incondicional de Dios por el ser humano, la filantropía divina, según la hermosa expresión de los Santos Padres. Por eso la Iglesia celebra hoy la Jornada de los Catequistas Nativos y del Instituto Español de Misiones Extranjeras (el IEME). Este año la Jornada tiene un lema que nos toca muy de cerca: «Iglesia local en misión». Es decir, que la dimensión misionera de la Epifanía debe impulsar el latido vital de cada diócesis; y pienso especialmente en la nuestra, porque Burgos tiene un corazón eminentemente misionero, comprometido con la tarea de tantos misioneros hijos de esta tierra.

Los catequistas nativos son los laicos que en numerosas iglesias jóvenes asumen trabajos y funciones esenciales en la vida eclesial, especialmente cuando no hay sacerdotes. Su actividad es más amplia de lo que normalmente hacen los catequistas entre nosotros. A veces se les denomina «delegados de la Palabra» o «líderes de la comunidad». Más allá de la designación concreta, lo importante es que realizan un auténtico «ministerio de la comunidad». Apoyados en una fuerte espiritualidad bautismal y en un profundo sentido de pertenencia eclesial, son los que cuidan la formación de los catecúmenos, los que atienden a los enfermos y necesitados, los que convocan a la asamblea eclesial, los que intervienen en los conflictos, los que anuncian y proclaman la Palabra... Su servicio ha llevado a muchos de ellos hasta el martirio. Por eso son considerados con razón como «creadores de comunidad».

Asimismo merece una mención el Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME), que está a punto de celebrar su primer centenario. La

institución surgió para facilitar que el clero diocesano pudiera realizar su vocación misionera *ad gentes, llevando el Evangelio de Jesucristo a los pueblos y grupos humanos donde aún no lo conocen*. Desde sus orígenes tuvo una relación especial con Burgos. En nuestra ciudad plantó la primera semilla el canónigo de nuestra catedral D. Gerardo Villota, y aquí se instaló el Seminario de Misiones Extranjeras durante unos decenios. Numerosos sacerdotes de nuestra diócesis han realizado (y siguen realizando) su vocación misionera en el IEME. Renovemos pues hoy nuestro apoyo y nuestro reconocimiento a los catequistas nativos y a los sacerdotes del Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME).

Termino deseándoos un feliz día de reyes en vuestras casas, los niños y los adultos, estrechando entre todos lazos de convivencia y de familia. Que Jesús nos ayude a descubrir que solo Él es el gran regalo, y el único, que puede colmar de verdad todas nuestras esperanzas.

II

LÁMPARA PARA MIS PASOS ES TU PALABRA, SEÑOR

(13-1-2019)

Hemos llegado al final de este tiempo litúrgico que arranca con el Adviento y atraviesa toda la Navidad cristiana. Hoy celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, que es como una segunda Epifanía, una segunda manifestación de aquel Niño encarnado en nuestra historia, enteramente hombre y enteramente Dios. En estos días hemos recordado que Jesús es la Palabra que acampó entre nosotros: para hablar nuestros lenguajes asumiendo hasta el final la condición humana; y para decirnos con el lenguaje de Dios, con su vida y con su mensaje, qué quiere Dios de nosotros según su plan de salvación y de misericordia. Por eso me ha parecido oportuno que nos acerquemos en la reflexión de hoy a la Palabra de Dios, a la que aludimos tantas veces, para tomar mayor conciencia de la importancia de conocerla mejor, leerla, meditarla, orarla, celebrarla y comunicarla... Sin duda experimentaremos así cada uno lo que dice el salmo 119: «Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 119,105).

Ciertamente, el centro de la revelación divina está en el acontecimiento de Cristo; este proyecto de diálogo amoroso de Dios con nosotros se ha plasmado de muchos modos a lo largo de la historia de la salvación. Pero, como se afirma en la Carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1,1-2). Jesús de Nazaret va anunciándonos, con obras y palabras, el Reino de Dios.

Y será en el misterio pascual cuando resplandezca plenamente la Palabra que ilumina a todo hombre, la luz verdadera que necesita toda persona, porque Él es la luz del mundo (cf. Jn 8,12).

Jesucristo, Palabra encarnada, es todo lo que Dios nos quiere decir. Lo que Dios quiere que vivamos y seamos. Jesús es el Hijo amado en quien el Padre se complace, leemos en el Evangelio de hoy. Ser cristiano quiere decir ser seguidor de Jesús, de su vida y de sus enseñanzas, de su Palabra, del Evangelio. La celebración litúrgica es el ámbito privilegiado en el que Dios habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde. La Palabra de Dios viene desplegada en el tiempo siguiendo el ritmo litúrgico en la celebración de la Eucaristía y de la Liturgia de las Horas. Cada uno de nosotros estamos invitados a escuchar, a acoger y a entrar en diálogo con la Palabra de Dios, por el Espíritu Santo. Qué importante es que nosotros busquemos, leamos, meditemos, oremos y contemplemos textos de la Palabra que nos ayuden a rezar, que nos enseñen a poner nuestra vida cristiana, como en un espejo, ante el Evangelio, que nos ayuden a vivir como Jesús, para Dios y para los demás y que vayan aumentando la alegría de la fe para comunicarla: porque «la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo» (Rom 10,17).

El Papa Francisco, en una de las audiencias semanales, hablaba además de la importancia de la lectura-meditación del Evangelio/Palabra de Dios, individualmente o en familia; e incluso invitaba a los cristianos a llevar el Evangelio consigo, como se lleva actualmente un teléfono móvil del que no se sabe prescindir... «Porque el Evangelio, decía, es palabra de vida: no oprime a las personas, al contrario, libera a quienes son esclavos de muchos espíritus malignos de este mundo: el espíritu de la vanidad, el apego al dinero, el orgullo, la sensualidad... El Evangelio cambia el corazón, cambia la vida, transforma las inclinaciones al mal en propósitos de bien. El Evangelio es capaz de cambiar a las personas. Por lo tanto, es tarea de los cristianos difundir por doquier la fuerza redentora, convirtiéndose en misioneros y mensajeros de la Palabra de Dios».

Nuestro Plan Pastoral nos prepara para ser «discípulos misioneros». El Evangelio, Palabra de Dios, nos urge en ese doble sentido: vivirlo y anunciarlo. Todos nosotros somos miembros de la Iglesia. Y la Iglesia no ha de vivir de sí misma, sino de la buena noticia del Evangelio; ahí es donde encuentra siempre de nuevo la luz que la orienta en su camino. La Iglesia ha de situarse como la oyente de la Palabra y, afianzada en la meditación de la misma, ha de anunciarla y ser luz del mundo: «Ay de mí si no anuncio el Evangelio» (1Cor 9,16). Un anuncio explícito respaldado por el testimonio vivo de los cristianos, pues Dios viene a las personas por el encuentro con testigos que hacen presente, viva, atractiva y creíble la buena noticia del Evangelio.

En orden a la evangelización, la Exhortación Apostólica «La alegría del Evangelio» abunda en la necesidad de profundizar y apoyarse en la Palabra de Dios y nos insiste en que «toda evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar». Y nos invita a buscar cauces personales y comunitarios para desarrollar «un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria...» (EG 174-175).

Leer y meditar con más frecuencia el Evangelio... sugiero que podría ser un bello propósito de comienzos de año. Que Nuestra Señora nos enseñe a guardar la Palabra de Dios en el corazón y a responder como Ella: «HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA» (Lc 1,38).

III

RECEMOS POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

(20-1-2019)

Del 18 al 25 de enero celebramos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Un año más la Iglesia, evocando la oración de Jesús al Padre cuando pide para sus discípulos: «que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, ...para que el mundo crea» (Jn 17, 21), nos recuerda el sentido y la necesidad de rezar por la unidad de los cristianos, divididos en diferentes confesiones y comunidades. «La desunión, dice el Papa Francisco, es una herida en el cuerpo de la Iglesia de Cristo. Y nosotros no queremos que esa herida permanezca».

Esta Semana pone siempre delante de nuestros ojos una triste realidad, ante la cual no podemos responder con indiferencia y con distancia. Por el contrario tiene que ser un estímulo para conocer mejor a los cristianos de otras confesiones, y para reconocer los valores evangélicos que ellos realizan con sinceridad y honestidad; tiene que ser también ocasión para que sintamos el dolor de la separación y el escándalo que ello supone para nuestro testimonio en una sociedad multicultural y plurirreligiosa; y sobre todo tiene que suscitar en nosotros la urgencia de la unidad y de la comunión plena, para realizar la misión que el Señor entregó a su Iglesia, «para que el mundo crea», para que hagamos creíble el Evangelio de la reconciliación, la paz, la justicia y la unión del género humano.

Esta celebración constituye una de las expresiones más antiguas y genuinas del ecumenismo de hoy. Ya hace más de un siglo, en 1908, el

sacerdote anglicano Paul Watson propuso estas fechas porque se situaban entre dos fiestas litúrgicas: el 18 de enero, la cátedra de san Pedro, y el 25 de enero, la conversión de san Pablo. La referencia a los dos grandes apóstoles ofrece el marco para el encuentro y la reconciliación entre todos los que confiesan a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador. La originalidad y la peculiaridad de esta iniciativa de oración radican en que participan la mayoría de las confesiones cristianas. Los responsables y coordinadores son el Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos y la Comisión Fe y Constitución, organismo del Consejo Mundial de las Iglesias. La realización directa es asumida cada año por un país o una región distinta del mundo. Así se expresa el carácter universal del cristianismo y el protagonismo de todas las comunidades eclesiales.

Para la Semana de la Oración de este año, 2019, los textos y reflexiones han sido preparados por los cristianos de Indonesia. Es el país del mundo con mayor población musulmana, que supone el 86% de sus 265 millones de habitantes. Solo el 10% son cristianos de diversas tradiciones. Comparten situaciones difíciles, por lo que se sienten profundamente unidos en el testimonio que están ofreciendo, en un ambiente hostil, atravesado por la corrupción, la codicia y la injusticia. Desde su experiencia, proponen como lema para esta semana las palabras del Deuteronomio: «Actúa siempre con toda justicia» (cf. Dt 16,18-20).

La actitud ecuménica reclama de nosotros una mayor sensibilidad ante los problemas y dificultades que afectan a otros grupos cristianos. De un modo especial en este momento histórico no podemos olvidar el drama que están padeciendo tantos cristianos, católicos y ortodoxos, en algunos países del Medio Oriente, que experimentan de modo directo la persecución y hasta la amenaza de desaparición. Recemos, sí, por la unidad visible de todos los cristianos. En un mundo dividido, en el que a veces también los cristianos somos cómplices, rezar juntos es un gesto significativo y poderoso, que crea unidad y conduce al compromiso común para transformar el mundo. Nos recuerda que sólo podemos ser testigos significativos y eficaces cuando nosotros mismos nos convertimos, nos reconciamos y suscitamos un dinamismo fecundo en favor de la reconciliación y unidad de toda la humanidad.

Os invito a participar en los actos que están organizados en nuestra diócesis. La unidad la da Jesucristo. Y a Él se la pedimos ahora con especial intensidad. Que el Espíritu nos mueva también para que esta unidad y esta comunión empiecen por hacerse visibles en nuestras vidas personales y en nuestras comunidades cristianas.

IV EDUCAR EN LA PAZ Y PARA LA PAZ

(27-1-2019)

El 30 de enero se celebrará, como todos los años, el «Día escolar de la no violencia y la paz», una Jornada promovida por la UNESCO que tiene como objetivo la educación para la tolerancia, la solidaridad, la concordia, el respeto a los derechos humanos, la no-violencia y la paz. Así, el próximo miércoles se tendrá algún acto referido a esta Jornada en muchos colegios de nuestra ciudad y provincia. Por ello, quiero subrayar hoy la enorme importancia de este tema en la educación de nuestros escolares y la inestimable tarea de los educadores: para promover en los Centros educativos la cultura de la no violencia y la paz, y para trabajar con los alumnos conocimientos, actitudes y compromisos acordes con su educación. Se conmemora este día la muerte de aquel gran personaje, del que todos hemos oído hablar, que fue Gandhi, y que consiguió sus legítimos objetivos y los de su pueblo, por caminos de la «no violencia»; sus palabras, cuando dijo «no hay caminos para la paz, la paz es el camino», son conocidas como un slogan para trabajar incansablemente en favor de la paz.

Vivimos hoy en un mundo muy violento. Basta que nos acerquemos a los noticiarios de cada día para descubrir la violencia que aflora en tantos lugares y con tanto sufrimiento. En nuestro hermoso planeta, nuestra «casa común», sigue habiendo hoy muchas guerras provocadas por la avaricia, la venganza y el ansia de poder que anida en el corazón humano. Ellas son la raíz que provoca el drama de tantos refugiados que acuden buscando nuestra ayuda. Vivimos, como dice el Papa Francisco, una Tercera Guerra Mundial «a trozos» que se sostiene sobre nuestra indiferencia y desconocimiento.

Junto a las guerras que no cesan, nos revelamos contra el fenómeno del terrorismo que, este sí, nos golpea más de cerca. Realizado mediante el ejercicio indiscriminado de la violencia, su único objetivo es implantar el terror e imponer su ideología totalitaria. Lástima que se vincule a veces a razones religiosas que, desde luego, nunca pueden estar en la base de la violencia. La auténtica religión, lo sabemos bien, siempre nos lleva a la paz y a la construcción de un mundo más fraterno.

Entre las distintas formas de violencia de nuestro mundo, pienso igualmente en el drama de la violencia que tiene a las mujeres como sus principales víctimas. A la vez que es preciso denunciar todo acto violento contra la mujer, me congratulo con tantas experiencias e iniciativas que, también en el seno de la Iglesia diocesana, nos ayudan a tomar conciencia y a actuar contra esta lacra. Como dijimos los Obispos españoles ante este dra-

ma «resulta necesario incrementar medidas de prevención y de protección legal, pero sobre todo fomentar una mejor educación y cultura de la vida que lleve a reconocer y respetar la igual dignidad de la mujer».

También el mundo infantil es especial objeto de manifestaciones de violencia, paradójicamente fomentada por su especial debilidad. En el mundo de los niños nos llaman la atención fenómenos de *bullying* cada vez más frecuentes o la misma violencia de algunos adultos frente a los menores. Pienso especialmente en los execrables fenómenos de abusos a menores que, incluso en el seno de la Iglesia, han existido. En esa lucha todos tenemos que empeñarnos para erradicar todo acto que, como dice el Papa Francisco, tiene sus raíces en fenómenos de «abuso de poder y de conciencia».

En un mundo donde la inequidad es una de las características de este tiempo, es muy difícil erradicar del todo la violencia. El Papa Francisco nos decía que «hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia» (EG 59). Así lo confirma el salmista cuando nos recuerda que la «justicia y la paz se besan» (Salmo 84, 11). Quiere decir que la paz auténtica y duradera siempre es obra de la justicia.

Frente a este panorama, me parece importante profundizar en la urgencia de educar «en la paz y para la paz». Porque la paz es frágil y necesaria, requiere siempre ser motivada, alentada, promovida y fortalecida. Y ello lo será cuando fomentemos gestos de paz, palabras de paz, respuestas de paz, razones de paz y plegarias por la paz. Todos podemos hacer mucho en este empeño, especialmente vosotros, los educadores. Hay que empezar por la educación, y a ello os animo con confianza, para que los Centros Escolares sean ese instrumento necesario de paz y entendimiento entre personas de distinta formación, cultura, raza y religión. Porque hay que aspirar, aunque sea difícil, a que el mundo de mañana sea más pacífico y pacificado con el esfuerzo de todos y con la ayuda de Dios.

Decretos

REVOCACIÓN DEL DECRETO DEL 18 DE DICIEMBRE DE 2018 SOBRE LA IGLESIA DE LA GRANJA DE PINILLA DE ARLANZA

FIDEL HERRÁEZ VEGAS
ARZOBISPO DE BURGOS

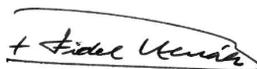
Después de un proceso de discernimiento en el Consejo Episcopal sobre lo dispuesto en nuestro Decreto de 18 de diciembre de 2018, relativo a la desacralización de la iglesia de la Granja de Pinilla de Arlanza, hemos reconsiderado algunos aspectos de la cuestión y, puesto que sigue siendo cierto que no se dan en la actualidad las condiciones pastorales para tener en ese edificio una iglesia abierta al culto público de los fieles, hemos determinado mantener el edificio como capilla privada, en beneficio de su propietaria.

Por tanto, por el presente

DECRETAMOS

1. – Queda revocado nuestro Decreto de 18 de diciembre de 2018, relativo a la desacralización de la iglesia de la Granja de Pinilla de Arlanza.
2. – El lugar sagrado se mantiene con la calificación canónica de capilla privada, en beneficio de la persona de D^a Carmen Escolar Plaza, conforme al c. 1226.
3. – Para la reserva de la Santísima Eucaristía y para la celebración de la Misa u otras funciones sagradas en la capilla privada se requiere la licencia del Ordinario del lugar, de conformidad con el c. 934.1 y c. 1228.

Dado en Burgos, a 22 de enero de 2019.



✠ FIDEL HERRÁEZ VEGAS
Arzobispo de Burgos

Por disposición del Sr. Arzobispo



ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General

Otras intervenciones

“LO IMPORTANTE ES LLENARSE DE JESÚS PARA HABLAR DE JESÚS”

Reproducimos a continuación la entrevista que la revista “Illuminare” ha realizado al arzobispo de la diócesis, don Fidel Herráez Vegas.

P.: ¿Cómo valora el proyecto de iniciación misionera para niños “Con Jesús Niño a la misión”?

R.: Me parece extraordinario. Pienso que es un gran trabajo de reflexión catequética, pedagógica y pastoral, que ayuda a descubrir a los niños la dimensión misionera. Además, en una sociedad cada vez más compleja, nos ayuda a unir diferentes actividades y realidades en una misma clave, que estoy seguro de que contribuirá a conseguir mejor los objetivos. Uno de los problemas de la pastoral de la Iglesia es precisamente la dispersión: hacemos muchas cosas, pero a veces no convergen todas en una misma línea, por lo que los objetivos y los frutos pastorales no son plausibles. Doy la enhorabuena a los mentores del proyecto y a los que están detrás de él. Es muy deseable que la implicación de los catequistas y de otros agentes de pastoral acoja esta iniciativa, que ayude a los niños en su compromiso misionero.

P.: ¿Qué acogida espera que tenga en los colegios y parroquias de su archidiócesis?

R.: Burgos siempre ha sido una diócesis especialmente sensible a la misión. Aquí se desarrollan las Semanas Misionales, que tienen una larga historia. También somos una de las diócesis que más misioneros aporta a la acción misionera de la Iglesia. En las visitas pastorales que realizo por todas las parroquias me encuentro frecuentemente con personas y conversaciones en que se habla con mucho cariño de familiares y vecinos que siguen gastando su vida en la misión. Constituye todo ello un enorme caldo de cultivo que permite acoger con entusiasmo toda iniciativa misionera. Por eso, estoy seguro de que los colegios y las parroquias, animados por la Delegación de Misiones, acogerán y trabajarán esta iniciativa.

P.: ¿Por qué es importante hablar a los niños de la misión?

R.: La infancia es la etapa de la vida en la que vamos abriéndonos paulatinamente a lo que es el mundo en toda su complejidad y nos vamos empapando de todo lo que nos rodea. Las experiencias primeras que se tienen en los años de la niñez tienden a marcar decisivamente la experiencia vital posterior, también en el campo de la fe. La fe cristiana está llamada a la misión, por lo que abrirse a la fe e iniciarse en la misma a través del despertar religioso no puede dejar de contemplar esta dimensión misionera. No es un tema menor o un mero adorno: los cristianos somos misioneros, “discípulos misioneros”, como le gusta decir al papa Francisco. Además, los niños buscan referencias en los mayores, que les ayuden a crecer y orientar sus primeras decisiones. Precisamente porque son atrevidos, tienen sueños grandes, buscan gestas importantes. Los misioneros pueden encajar perfectamente con esa necesidad, y eso les ayudará a integrar en su vida los valores que ellos encarnan y que son tan necesarios para nuestra sociedad: la generosidad, la entrega, la donación, el testimonio, el amor universal... También por eso es importante hablar a los niños de la misión.

P.: ¿Qué puede aportar a los niños de hoy centrarse en Jesús Niño?

R.: La fe no puede ser nunca infantil, ni puede quedar reducida a cuestiones más o menos sentimentales incapaces de transformar la vida y llenarla de sentido. No obstante, el misterio de la Encarnación de Jesús es siempre una fuente de espiritualidad. Tiene la posibilidad de hacernos ver y palpar la cercanía de Dios. Los niños ciertamente son incapaces de abstraer, o pueden tener dificultades con la presentación de una imagen etérea de Dios. Sin embargo, el cristianismo nos da la posibilidad de hablar y acercarnos a un Niño. Así lo anunciaron los ángeles a los pastores: “Esta es la señal: encontraréis a un Niño envuelto en pañales”; más tarde aparece en el templo, con sus padres. También los niños verán en ese Niño a un amigo, como ellos mismos, y al mismo Dios que viene a su encuentro.

P.: ¿Cómo les explicaría el lema de esta Jornada de 2019, “Con Jesús a Belén. ¡Qué buena noticia!”?

R.: Jesús viene a nosotros y se sirve de mediaciones, a través de las cuales se hace presente como buena noticia que transforma nuestras vidas y la marcha del mundo. Asimismo nosotros debemos ir a Belén para conocer a Jesús y para ver cómo Él nos envía también a nosotros a ser misioneros, a anunciar la alegría de la fe, la buena noticia del Evangelio.

P.: Por último, le pedimos alguna sugerencia para los niños sobre cómo anunciar esa buena noticia de que Jesús está ya con nosotros.

Un corazón que está lleno de Jesús, que lo vive de alguna manera como un amigo especial, no necesita recetas para anunciarlo: le surgirán inmediatamente y sin problemas un montón de formas y maneras. Lo importante, por tanto, es llenarse de Jesús para que espontáneamente se hable de Jesús. «La misión no es un tema menor: los cristianos somos misioneros, “discípulos misioneros”». «Debemos ir a Belén para conocer a Jesús y ver cómo Él nos envía también a ser misioneros».

Revista Illuminare

MIRYAM GARCÍA – OMP

Agenda del Sr. Arzobispo

ENERO 2019

- Día 1: Preside la Eucaristía en la Catedral.
- Día 3: Visita Pastoral a Hijas Caridad -Saldaña.
- Día 4: Visitas. Visita pastoral a las MM. Agustinas de la Madre de Dios.
- Día 6: Preside la Eucaristía en la Catedral.
- Día 9: Consejo Episcopal. Visitas.
- Día 10: Visitas.
- Día 11: Visitas.
- Día 15-18: Realiza Ejercicios Espirituales.
- Día 21: Consejo Episcopal.
- Día 22: Visitas. Encuentro con Consejero de Patrimonio en la Catedral sobre el Trasaltar. Clausura del proceso de Marta Obregón.
- Día 23: Visita pastoral a las MM. Carmelitas.
- Día 24: Visitas. Eucaristía en las Salesas por la fiesta de San Francisco de Sales y comida en la Casa Sacerdotal. Preside el funeral de D. Germán González.
- Día 25: Visitas. Saludo y oración con los adolescentes y jóvenes en la Catedral.
- Día 26: Participa en el Encuentro Diocesano de Pastoral Obrera. Preside la Eucaristía con Cursillos de Cristiandad que celebran el 60 aniversario. Preside la Eucaristía de la fiesta de San Julián.
- Día 27: Preside la Eucaristía de la fiesta de San Lesmes.
- Día 28: Consejo Episcopal. Eucaristía por la fiesta de Santo Tomas en la Facultad.
- Día 29: Visitas.
- Día 30: Visitas. Visita pastoral a las MM. Benedictinas de San José
- Día 31: Visitas.

Secretaría General

I

**CONVOCATORIA PARA EL “RITO DE ADMISIÓN
AL DIACONADO Y PRESBITERADO”**

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, D. FIDEL HERRÁEZ VEGAS, ha dispuesto celebrar el RITO DE ADMISION AL DIACONADO Y PRESBITERADO el día 15 de marzo de 2019, viernes, a las 19,00 horas, en la Capilla del Seminario Diocesano de San José de Burgos.

Los aspirantes que deseen ser admitidos a dicho Rito, presentarán la documentación pertinente en la Secretaría General del Arzobispado antes del día 10 de febrero del año en curso.

Lo que se hace público para conocimiento de los interesados, a los efectos consiguientes.

Burgos, 14 de enero de 2019.



ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General

II

**JUBILACIÓN DENTRO DEL SISTEMA DE LA SEGURIDAD
DEL CLERO**

Con fecha 31 de enero de 2019, el Sr. Arzobispo ha aceptado la renuncia “dentro del sistema de la seguridad del clero” presentada por el Rvdo. D. Félix-Lázaro Hernando Manso.

III

APROBACIÓN DE ESTATUTOS

Con fecha de 24 de enero de 2019, el Sr. Arzobispo ha aprobado el Estatuto del SECRETARIADO DIOCESANO DEL MOVIMIENTO DE CURSILLOS DE CRISTIANDAD de Burgos.

IV

LA IMAGEN DEL MES

En el contexto del VIII Centenario de la Catedral, y como preparación al mismo, se editaron unos calendarios (uno marcapáginas y otro de mesa) con imágenes escogidas de la catedral, con el fin de acercar a los fieles los tesoros que alberga. A partir de este mes de febrero, se publicará en la página WEB del arzobispado (www.archiburgos.es) la foto correspondiente al mes, con una amplia explicación de la misma. Así, los interesados, tendrán a su alcance claves de interpretación, a fin de conocer en profundidad lo que los artistas plasmaron.

Por si a alguno le interesa: quedan todavía algunos ejemplares de los calendarios tanto en la librería de la Casa de la Iglesia como en la tienda de la Catedral.

V

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. GERMÁN GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Sacerdote Diocesano

D. Germán nació en Riocerezo el 30 de octubre de 1928. Cursó sus estudios en los Seminarios Menor y Mayor de Burgos. Fue ordenado sacerdote el 28 de junio de 1953. Fue párroco de Lences de Bureba, Arconada, Valdearnedo y Carcedo de Bureba. En 1973 se le concede el permiso para trasladarse a Puerto Rico donde ejercerá el ministerio hasta el año 1987.

Sus últimos años los pasó en la Casa Sacerdotal. *La muerte de un sacerdote a todos los creyentes debe interrogarnos seriamente. Burgos, otrora reserva de vocaciones, hasta el punto de poder ayudar a otras iglesias, hoy es incapaz de procurar los necesarios efectivos para atender a las numerosas comunidades dispersas en nuestra amplia geografía. Es cla-*



ro que se necesitan familias cristianas generosas abiertas, sin regateos, a la vida; se necesitan jóvenes valientes y decididos para apostar por la Causa del Evangelio; sacerdotes entregados que, cada día, a pesar de las dificultades, renueven y recobren su ilusión por servir al hombre de hoy tan necesitado de Verdad, más allá de las opiniones mutantes actuales. Descansa en paz, Germán. Desde la otra orilla recuerda a tu Diócesis. Que nunca nos falten sacerdotes entregados al servicio de los hombres, en esta “porción de la Iglesia que camina en Burgos”. (J. Yusta)

HNA. CONCEPCIÓN CAÑAS VILLAVERDE

Sierva de Jesús

La Comunidad de Siervas de Jesús, queremos hacerles partícipes del fallecimiento de nuestra Hermana Concepción, para la que pedimos una oración por su eterno descanso.

Nuestra Hermana Concepción Cañas Villaverde nació en Hervías (La Rioja). Entró en la Congregación el día 22 de junio de 1958. A lo largo de su vida desempeñó el carisma en todas sus facetas, cuidando enfermos en sus domicilios, clínicas, hospitales, guarderías infantiles, mientras su salud y edad se lo permitieron. A esta Comunidad llegó hace unos tres años,

ya con las secuelas de la enfermedad, para seguir cumpliendo la voluntad de Dios según sus designios. Entregó su alma al Señor el día 26 de enero del 2019.

M^a MILAGROS GONZÁLEZ

VI

LA PARROQUIA DE SAN NICOLÁS Y SAN ESTEBAN FESTEJA A LOS BEATOS

El 15 de enero se celebró solemnemente, en la Parroquia de San Nicolás y San Esteban, la fiesta de los Beatos Valentín Palencia y Donato, Emilio, German y Zacarías. Se cumplían 82 años de su martirio. Fueron beatificados el 23 de abril de 2016.



VII

PROFESIÓN EN LAS CISTERCIENSES DE VILLAMAYOR DE LOS MONTES

El día 13, fiesta de San Antonio Abad, se vivió un momento especial en el Monasterio de Santa María la Real de Villamayor de los Montes: La Hna. Antonia emitía sus Votos temporales en el marco de una solemne celebración. La Hna. Antonia es venezolana, es madre y estuvo acompañada de su hija, también religiosa en el Monasterio Cistercienses de Gradefes (León) y que profesó 10 días más tarde que su madre en su monasterio. Para la Comunidad y para la Hna. Antonia nuestra más cordial felicitación.



Madre e hija

VIII

CARTA DEL OBISPO DE GETAFE AL SR. ARZOBISPO

CENTENARIO DE LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL CORAZÓN DE JESÚS

2 DE FEBRERO DE 2018 - 24 DE NOVIEMBRE DE 2019

EL OBISPO DE GETAFE

Getafe, 16 de octubre de 2018

Querido hermano:

El próximo año 2019 celebraremos, D.m., el Centenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús. Con este motivo he solicitado a la Santa Sede la celebración de un Año Jubilar, que se nos ha concedido. El Año Jubilar coincidirá con el año litúrgico, comenzando el 2 de diciembre de 2018 (primer domingo del Adviento) y concluyendo el 24 de noviembre de 2019 (solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo). Invitamos así a participar en los misterios de la vida de Cristo, desde su Sagrado Corazón, al ritmo del ciclo litúrgico.

El Cerro de los Ángeles, donde se levantó el monumento al Corazón de Jesús con motivo de la Consagración, se encuentra hoy ubicado en la diócesis de Getafe. Por esta razón, hemos asumido la responsabilidad de la celebración del Centenario; conscientes, no obstante, de que la Consagración al Corazón de Jesús fue de toda España, te invitamos a participar con tu diócesis en la celebración de este evento, en la forma que consideres más oportuna. Entendemos que puede ser una oportunidad preciosa de renovación de la vida cristiana y de la misión evangelizadora, testimoniando la primacía del Amor de Dios que se nos ha revelado en el Corazón del Redentor.

Hemos escogido como lema: “Sus heridas nos han curado” (1 Pe 2, 24), y hemos programado diversos actos de formación, celebración, compromiso y oración: simposios, Congreso de evangelización, itinerario para peregrinos, y, como momento central, la renovación de la Consagración de España al Corazón de Jesús, el 30 de junio.

En el Cerro, y para los peregrinos que quieran ganar las gracias del Jubileo, ofreceremos a diario la posibilidad de participar en la celebración de la Eucaristía y del sacramento de la Penitencia, además de otros actos de formación y devoción: proyecciones, exposiciones temáticas, espacios para la meditación y retiro espiritual, sin olvidar la ermita de la Virgen de los Ángeles, Patrona de la Diócesis de Getafe, como lugar mariano privilegiado para la oración y el encuentro con la Madre del Redentor.

Las circunstancias socioculturales han cambiado en estos cien años, pero no la siempre actual necesidad de poner a Cristo en el centro de nuestras vidas y de la vida del mundo. Por eso queremos renovar nuestra consagración al Corazón del Redentor, para en Él y con Él seguir sanando tantos corazones desgarrados.

Aprovecho esta ocasión para renovarte mi afecto fraterno. Un abrazo en el Señor.

✠ GINÉS GARCÍA B
Obispo de Getafe

Sección Pastoral e información

Colegio de Arciprestes

CRÓNICA DE LA REUNIÓN DEL COLEGIO DE ARCIPRESTES

(Seminario Diocesano de San José, 30-11-2018)

El encuentro comienza a las 11 con la presencia de nuestro arzobispo D. Fidel, el vicario de pastoral, el vicario general y todos los arciprestes menos dos que excusan su presencia.

Se aprueba el acta de la reunión del 21 de septiembre de 2018 y se hace el seguimiento de la misma.

El Vicario de pastoral presenta diversos datos sobre la III Jornada de Formación (28 de septiembre 2008) y el XI Encuentro Pastoral Diocesano (27 de octubre 2018); en el diálogo posterior se aportaron luces y sombras de ambos encuentros.

Se aprueban las fechas y los temas presentados para nuestras reuniones de 1 de febrero, 22 de marzo y en fecha sin concretar de junio.

Después se abrió un diálogo sobre cómo hacer que lo tratado en el Colegio de Arciprestes repercuta en cada arciprestazgo, terminando con unas propuestas concretas.

En otro punto del orden del día el Vicario de Pastoral presenta una hoja catequética-pedagógica titulada “Sin el DOMINGO, no podemos...”; después de leerla se abre un diálogo en el que se muestra la conformidad con el material y se decide hacer una nueva redacción maquettata con pequeñas correcciones.

Seguidamente presenta un borrador de informe que se llevará al Consejo Presbiteral del día 17 de diciembre, acerca de las “Celebraciones en espera de presbítero” y propone, al terminar el diálogo, unas fechas (tras el visto bueno del Consejo): en enero y febrero, elaborar un borrador de Directorio; entre marzo y mayo, trabajarlo en los arciprestazgos; en junio, aprobación.

Se presenta el tema del Encuentro de Villagarcía 2019: “Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial”. Cada ar-

arciprestazgo decida cómo tratarlo, respondiendo a las preguntas. El plazo para entregar aportaciones termina el 14 de febrero.

Se habla también de los pasos que se están dando en cada arciprestazgo de cara a la reorganización diocesana. Para ayudar en este proceso se realizó el documento “Reestructuración al servicio de la misión”.

Después de unas palabras de don Fidel, finalizamos el encuentro.

EMILIO MAESTRO MANZANAL
Secretario del Colegio de Arciprestes

NOTICIAS DE INTERÉS

1

La mano inocente del obispillo «bendice» a los niños de la ciudad

(28 diciembre 2018)

Rodrigo del Olmo cumplió con la tradición y fue investido obispillo 2018 en el Monasterio de las Salesas. El escolano visitó al arzobispo, al alcalde y a los residentes de Barrantes.



2

Don Fidel Herráez: «Nadie podrá enterrar a la familia»

(31 diciembre 2018)

El arzobispo presidió la eucaristía con la que se celebró la fiesta de la Sagrada Familia en una abarrotada capilla de Santa Tecla.



3

El Sr. Arzobispo sigue visitando las comunidades Religiosas



Hijas de la Caridad de Saldaña
(3-1-2019)



Agustinas de la Madre de Dios
(4-1-2019)

4

Más de 30.000 personas visitan el belén monumental de la Catedral

(8 enero 2019)

El dinero recaudado con la venta de entradas se destinarán a las obras de rehabilitación de la Catedral, Cáritas Castrense, Fedisfibur, Anvo Africam y Asociación Las Calzadas.



5

Películas para fortalecer el alma en la Semana de Cine Espiritual

(9 enero 2019)

«Wonder», «Pablo, el apóstol de Cristo» y «La Cabaña» son las cintas elegidas para el público adulto. Los estudiantes también disfrutarán de otros títulos como «Hasta el último hombre» o «Paddington».



6

Arranca la intervención en los relieves del trasaltar de la Catedral

(10 enero 2019)

Una compleja intervención restaura los relieves de Felipe Vigarny y Pedro Alonso de los Ríos, debilitados desde hace siglos a causa del frío y la sal.



7

La Junta declara Bien de Interés Cultural Santa María de Rioseco

(11 enero 2019)

Junto a la declaración BIC, con categoría de Monumento, se delimita también un entorno de protección para preservar la relación del monasterio con el medio físico en que se ubica.

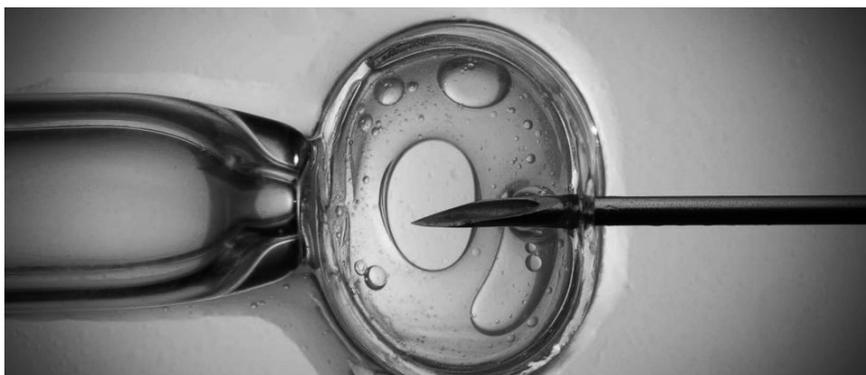


8

Fecundación in vitro: eficacia y consecuencias

(11 enero 2019)

La delegación diocesana de Familia y Vida organizó una conferencia sobre esta técnica de reproducción asistida a cargo de la experta en bioética Mónica López Barahona.



9

La exposición fotográfica «Ad Gloriam Dei» viajará a Aranda y Miranda

(12 enero 2019)

Durante su estancia en el Palacio de Capitanía, la colección de imágenes inéditas de la Catedral captadas por Ángel Herraiz recibió 2.700 visitas.



10

«Estamos sacando de la prostitución a miles de niñas en Sierra Leona»

(13 enero 2019)

Alberto López es uno de los responsables de ‘Love’, un documental de Misiones Salesianas que muestra la realidad de menores explotadas como objetos sexuales.



11

Comisiones de Acción Católica reflexionan sobre su compromiso personal y comunitario

(14 enero 2019)

Militantes de Acción Católica General, HOAC, JOC y Frater celebraron un encuentro que contó con la asistencia del vicario de Pastoral.



12

Titos, panecillos y animales: así se celebra San Antón en Burgos

(15 enero 2019)

Los barrios de Huelgas y Gamonal honran al santo protector de los animales con rifas de cerdos, bendición de panecillos o la popular cocción de las leguminosas.



13

El Círculo de Silencio alza la voz contra los mitos y mentiras sobre los migrantes

(15 enero 2019)

Los participantes clamaron por una política justa y simbolizaron su compromiso y solidaridad colocando velas en la patera que esta Navidad alojó al belén migrante.



14

Las comunidades cristianas de Burgos celebran la Semana de Oración por la Unidad

(16 enero 2019)

Los actos, organizados por la delegación diocesana de Ecumenismo y Relaciones Internacionales en colaboración con representantes de las Iglesias ortodoxa y evangélica, comenzaron el día 18.



15

Adolescentes de Gamonal que crecen en comunidad

(19 enero 2019)

“Growing Community” fue el lema con el que los adolescentes del arciprestazgo han descubierto la importancia de vivir su fe en comunidad.



16

Desmontando mitos sobre la fecundación in vitro

(21 enero 2019)

Más de cien personas asistieron a la conferencia de la experta en bioética Mónica López Barahona sobre esta técnica de reproducción asistida.



18

La Fundación VIII Centenario impulsa el acercamiento de las parroquias a la Catedral

(22 enero 2019)

Los feligreses de las parroquias donde se expone la muestra «Santiago, el peregrino de Burgos» realizan visitas guiadas a la seo. Los vecinos de Gamonal fueron los primeros en participar.



19

Marta Obregón, cada vez más cerca de los altares

(22 enero 2019)

El próximo 12 de febrero, la causa de beatificación de Marta Obregón Rodríguez ya estará en Roma. Según el juramento prestado delante del arzobispo, don Fidel Herráez Vegas, será el postulador diocesano del proceso, Saturnino López Santidrián, quien entregue en el Vaticano la numerosa documentación que se ha recopilado durante la instrucción del proceso en Burgos y que se custodió en tres cajas que fueron sellados y lacrados en un solemne acto jurídico que se desarrolló en la capilla de la Facultad de Teología justo cuando se cumplían 27 años del asesinato de la joven a manos de Pedro Luis Gallego, conocido como el «violador del ascensor».

Una vez entregados los documentos en la Ciudad Eterna, se abrirá un nuevo proceso canónico en el que actuará como postuladora la doctora Silvia Correale, quien ya intervino en la causa de los beatos burgaleses Valentín Palencia y compañeros mártires. En total se presentan en Roma más de 800 folios, algunos con hasta seis firmas y sellos y todos ellos



autenticados por notario. El material recogido consta de varios tipos de documentos. En primer lugar destacan 24 escritos jurídicos, como escritos de los obispos sufragáneos o informes de los peritos historiadores y teólogos. Junto a ellos, se suman los 97 escritos de la prueba documental, entre otros, su partida de nacimiento, bautismo y confirmación, notas académicas, inscripción de defunción, informe de los médicos forenses, la sentencia judicial, documentación periodística sobre su asesinato... Por último, en las cajas se incluyó también la prueba testifical, que recoge la declaración de 50 testigos que aportan su opinión sobre la fama de santidad de Marta.

En el acto de firma de documentos, participaron junto al arzobispo y el postulador de la causa, el juez delegado, Pablo González Cámara, el promotor de Justicia del Arzobispado, Jesús Manuel Val Ballesteros, y quien ha ejercido como notario en el proceso, Rafael Casado García. También asistieron los padres de Marta y otros familiares, amigos y conocidos de la joven, y numerosos fieles, que no quisieron perderse el solemne acto.

En su alocución, el pastor de la Iglesia burgalesa aseguró que la vida de Marta es «un testimonio y referencia para los jóvenes de hoy», a la vez que señaló a las numerosas personas presentes en el acto que «la santidad consiste en ser buenos, buenísimos hijos de Dios». Para don Fidel «sería un error pensar que los santos son personas excepcionales, raras o distantes». Por el contrario, señaló que «tanto ellos como nosotros tenemos las mismas posibilidades, porque contamos con la ayuda de Dios para lograr la santidad a la que él nos ha llamado». «Ojalá el testimonio de Marta nos ayude a comprender que el camino que ella emprendió y hoy aplaudimos es también un camino para nosotros», ha concluido.

Marta Obregón, al igual que les ocurre a muchos jóvenes de su edad (tenía 22 años cuando fue asesinada), pasó por un periodo de luces y sombras en su vida, y decidió dar el paso definitivo a la madurez espiritual siguiendo los valores del evangelio. Siempre contó con el apoyo de su familia, que le ayudó a dar este paso, y se había ofrecido a la Comunidad Neocatecumenal para marchar como misionera itinerante. Se manifiesta así en su persona una serie de virtudes que animan a los cristianos a seguir su ejemplo, motivo por el cual se promueve su causa de beatificación.

20

Alegría por la recuperación de los dos sillares de Quintanilla de las Viñas

(23 enero 2019)

Los dos relieves de la ermita, robados en 2004, se encuentran en la embajada española en Londres a la espera de tramitar su traslado a Burgos.



21

La restauración del trasaltar de la Catedral se complementará con un proyecto cultural

(23 enero 2019)

Los trabajos de restauración iniciaron la segunda fase, una vez concluidos los trabajos previos y la instalación de los medios auxiliares.



22

Militantes de pastoral obrera reflexionarán sobre el fenómeno de los «trabajadores pobres»

(24 enero 2019)

En el encuentro de Pastoral Obrera, que se celebró en San Pedro y San Felices, se compartieron experiencias de acompañamiento con personas que viven en la pobreza a pesar de tener empleo.



23

José Luis Lastra: «En el ecumenismo nadie pierde, todos ganan»

(24 enero 2019)

El vicario de Pastoral ofreció en la parroquia de San Martín de Porres una conferencia sobre ecumenismo y diálogo dentro de los actos de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.



24

Cursillos de Cristiandad cumple sesenta años en Burgos

(25 enero 2019)

Coincidiendo con la fiesta de la Conversión de San Pablo, patrón del movimiento, uno de sus miembros más veteranos repasó la historia de Cursillos en la diócesis.



25

Pastoral Obrera reflexiona sobre el preocupante incremento de trabajadores pobres

(26 enero 2019)

Militantes y simpatizantes de Burgos, Aranda, Miranda y algunas otras localidades de la provincia compartieron experiencias en el XXVII Encuentro Diocesano.



26

Adolescentes «llenos de emociones» ante el futuro

(26 enero 2019)

Un recorrido por las últimas JMJ sirvió a jóvenes y adolescentes para llenar sus mochilas de los sentimientos que suscita seguir a Cristo y pertenecer a la Iglesia. Así fue la «noche alternativa».



27

«El Estado no se puede quedar al margen de la atención espiritual de los enfermos»

(27 enero 2019)

Los capellanes del HUBU cumplen un servicio público, el de dar respuesta a una de las necesidades más acuciantes cuando llega la enfermedad, paliar los dolores del alma.



28

El arciprestazgo de Arlanza celebra su encuentro anual sobre liturgia

(28 enero 2019)

Vivir los tiempos litúrgicos ha sido el tema del encuentro arciprestal celebrado en el monasterio de Villamayor de los Montes.



29

El Papa recibe en Panamá al misionero burgalés José Antonio Maeso

(28 enero 2019)

El sacerdote viajó desde Ecuador con algunos compañeros del proyecto Nación de Paz y su inseparable títere Pazita para encontrarse con el pontífice en la JMJ.

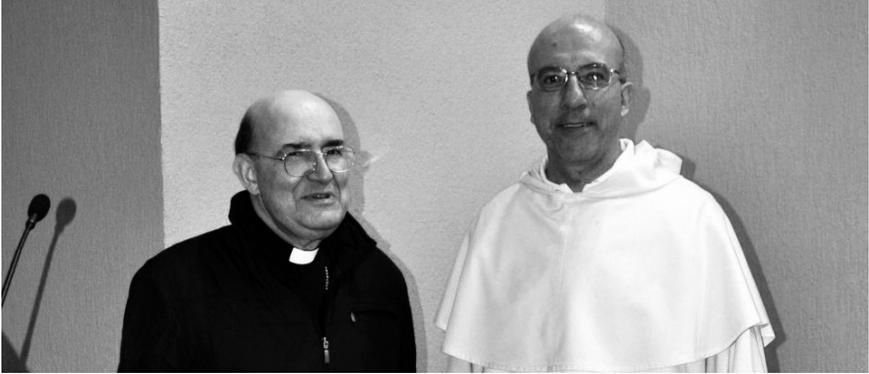


30

Santo Tomás, una referencia coherente y actual para orientar la fe personal y la acción pastoral

(29 enero 2019)

La Facultad de Teología celebró la fiesta de su patrono con una eucaristía presidida por el arzobispo y una conferencia de fray Julián de Cos, hasta hace unos días prior de los dominicos de Caleruega.



31

Juan Álvarez Quevedo, académico numerario de la Institución Fernán González

(29 enero 2019)

El delegado diocesano de Patrimonio tomó posesión de la plaza de la Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes en el salón de estrados de la Diputación Provincial.



32

Un convenio entre Arzobispado y Ayuntamiento de Arraya de Oca permitirá rehabilitar la cubierta de su iglesia

(29 enero 2019)

La primera fase del proyecto consistirá en la construcción de una nueva cubierta, a falta de la colocación de la teja. La diócesis aportará 35.729, que se suman a los 53.700 ya invertidos.



33

Adolescentes de Miranda celebran la JMJ con una noche alternativa

(29 enero 2019)

La parroquia del Buen Pastor acogió la actividad «Lleno de emociones», organizada por la delegación diocesana de Infancia y Juventud.



Conferencia Episcopal

I

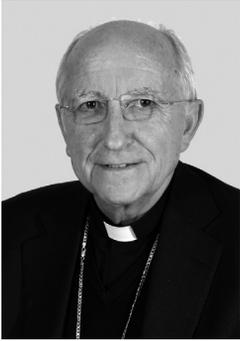
**DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es**

II

EL SANTO PADRE HA ACEPTADO LA RENUNCIA DE MONS. RAÚL BERZOSA

Mons. Raúl Berzosa, después de un período de reflexión y renovación espiritual, ha presentado al Santo Padre su renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Ciudad Rodrigo. El Santo Padre ha aceptado “simpliciter” dicha renuncia. El pasado 15 de junio el papa Francisco concedió a Mons. Raúl Berzosa, retirarse durante algún tiempo, por motivos personales del gobierno pastoral de la diócesis.





III

MONS. D. JESÚS GARCÍA BURILLO HA SIDO NOMBRADO ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD RODRIGO

El Santo Padre Francisco, a través de la Congregación para los Obispos, ha nombrado administrador apostólico Sede Vacante de la diócesis de Ciudad Rodrigo a Mons. D. Francisco Gil Hellín, obispo emérito de Ávila.

IV

MENSAJE PARA LA JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

Padrenuestro. La vida consagrada, presencia del amor de Dios

En el año 1999 san Juan Pablo II propuso a la Iglesia un año dedicado al Padre con el fin de preparar a toda la Iglesia a la acogida del nuevo milenio. Han pasado veinte años y los obispos españoles desean recordar que la vida consagrada es presencia del amor de Dios. Cada consagrado, con su vida y testimonio, nos anuncia que Dios es Padre, es un Dios que ama con entrañas de misericordia.

Su Hijo Jesús nos enseñó una oración, el padrenuestro, que expresa la relación que Dios tiene con cada uno de nosotros, sus hijos y sus consagrados.

Padre nuestro que estás en el cielo

Configurado con el Hijo, el consagrado vive, unido a Cristo, su relación filial con Dios Padre, a quien no duda de llamar confiadamente todos los días: Abba, papá.

El consagrado vive, aquí en la tierra, su relación fraternal con el Hijo y, junto con Él, mira al cielo, pues sabe que allí tiene un Padre que le espera con anhelo para unir su vida divina con la suya, humana, en un abrazo eterno.

Santificado sea tu nombre

La experiencia de amor filial mueve al consagrado a dejar a Dios ser Padre de su vida y, con su abandono, testimoniar el nombre de Dios: amor.

No un amor de superhombre, sino un amor divino que, superando toda comprensión humana, ha asumido nuestro modo de expresar el amor. De este modo, el consagrado es consciente de que, a través de su caridad, expresa de modo humano el amor divino, nombre de Dios Padre.

Venga a nosotros tu Reino

Empapado por el amor divino que recibe del Padre y también de su místico Esposo, el consagrado desea que su experiencia de amor pueda ser compartida por todos. De este modo, es transformado en puente entre el hombre y Dios para que el amor reine también en este mundo.

Junto con el Hijo, el consagrado ruega al Padre para que ningún hombre se pierda, sino que todos puedan vivir la experiencia de un amor paterno. Y, con el Esposo, no deja de ser buen samaritano, que acerca a todo hombre al amor de Dios, indistintamente de sus heridas materiales o espirituales.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

La experiencia del amor del Padre a lo largo de sus años de consagración transforma el compromiso del consagrado de obedecer a Dios en un deseo de agradar, como el Hijo, al Padre. A la vez, el ejemplo del Esposo: «no se haga mi voluntad sino la tuya», se convierte en criterio y oración: «más que prometerte obediencia te pido, Padre, que realices tu amorosa voluntad sobre mi vida».

Escuchando también del Esposo, cuyo Reino no es de este mundo, el consagrado anhela y enseña la belleza del cielo, en donde todo estará impregnado por la plenitud de su amorosa y divina voluntad.

Danos hoy nuestro pan de cada día

¡Cuántas veces el consagrado ha escuchado el consejo del Hijo: «Pedid y se os dará»! Así, la persona consagrada se convierte en un hombre o una mujer de petición. Ha aprendido de Cristo a ser un hijo, o una hija, confiado en la acción paterna de Dios, incluso en sus aspectos materiales.

El consagrado sabe que todas sus peticiones son escuchadas por el corazón del Padre; sabe que el Padre conoce todas sus necesidades antes de que se lo pida; sabe que Él, como Padre, no siempre nos concederá lo que le pedimos porque siempre piensa en lo mejor para cada uno de nosotros, aunque no se lo pidamos.

Por ello, el consagrado entiende cuando aparentemente Dios no escucha sus peticiones. En esos momentos, él sabe que el silencio divino es también expresión de un amor paterno, mayor del que nosotros mismos podemos imaginar. Y este amor paterno y divino lo enseña a los demás.

Y, sobre todo, la persona consagrada necesita el pan eucarístico, que lo va alimentando y transformando a imagen de su Señor.

Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

Con emoción, el consagrado aprende de las enseñanzas del Hijo la misericordia del Padre. Sabe que el corazón divino se conmueve cuando cumplimos los mandamientos, como el joven rico; y sabe también que, como hijo pequeño, es acogido con sus errores y debilidades.

A la vez, como hijo escogido, el consagrado se ha dejado modelar por los consejos y actitudes del Esposo, que nos ayuda a reconocer los propios pecados antes de tirar la primera piedra, a disculpar al pecador porque no siempre sabe lo que hace, a tomar conciencia de que todo lo que es del Padre, también su misericordia, es don tanto para él como para los demás.

No nos dejes caer en la tentación

El divino amor misericordioso no es solamente reparador de nuestro posible mal actuar. Su misericordia se expresa aún más en su acción providente que ayuda a evitar el pecado.

La vida de su Hijo, Esposo del consagrado, le enseña a superar la tentación fortalecido por la confianza en el Padre, cuya palabra le alimenta y a quien únicamente desea adorar.

Igualmente, el consagrado, como los agricultores de la parábola de la cizaña sembrada por el maligno, no reprocha el desorden de sus hermanos, sino que les ayuda a que den más fruto, confiado en que el Padre, Dueño del campo, a su tiempo retirará la mala hierba.

Y líbranos del mal

La experiencia con el divino Amor no solamente lleva a desterrar las acciones pecaminosas del propio actuar. El consagrado anhela y desea cada día crecer en el bien. Por ello, confiado, se deja en las manos del Padre, para que, como buen alfarero, rompa en él lo que sea necesario para que cada día manifieste mejor la imagen profética del Amor del Padre y del Hijo en el Espíritu.

A su vez, el consagrado, unido al Alfarero, no deja de impulsar en todos los fieles la vocación al amor y a la santidad, los acompaña en los momentos de purificación, les enseña a descubrir la mano del Señor en esos momentos, y les ayuda a convertir el sufrimiento humano en cruz redentora.

Mujer, ahí tienes a tu hijo

Junto con el Padre, el Hijo nos ha mostrado una madre, la suya, como mujer del padrenuestro. Su oración del fiat es un anticipo de la oración que nos enseñó Cristo y con la que el consagrado pide todos los días al Padre que se cumpla su voluntad sobre él.

Con su visita a Isabel, la Virgen Madre se convierte en expresión humana del amor divino. Con su consejo de hacer lo que Él nos diga, enseña a pedir al Padre con confianza. Dando vueltas en su interior a las palabras del Niño, invita a esperar la hora oportuna de Dios. Al pie de la cruz, ayuda a superar los frecuentes momentos de dificultad de la vida. Y su presencia en Pentecostés nos recuerda que el cielo es la meta de todo hijo del Padre.

La Jornada de la Vida Consagrada, que celebramos anualmente cada 2 de febrero, sea este año un acto de especial agradecimiento al Padre nuestro. Pero también a cada consagrado y consagrada, que con su vida es presencia del amor de Dios.

COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSAGRADA

Santo Padre



I

**DIRECCION EN INTERNET:
w2.vatican.va**

II

HOMILÍA EN LAS PRIMERAS VÍSPERAS DE LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS Y *TE DEUM* DE ACCIÓN DE GRACIAS

(Basilica Vaticana, 31-12-2018)

Al final del año, la Palabra de Dios nos acompaña con estos dos versículos del apóstol Pablo (cf. *Ga* 4,4-5). Son expresiones concisas y densas: una síntesis del Nuevo Testamento, que da sentido a un momento “crítico”, como suele ser un cambio de año.

La primera expresión que nos llama la atención es «*plenitud del tiempo*». En estas últimas horas del año solar, en el que sentimos aún más la necesidad de algo que llene de significado el transcurrir del tiempo, dicha expresión tiene una resonancia especial. Algo o, mejor, *alguien*. Y este “alguien” ha venido, Dios lo ha enviado: es “su Hijo”, Jesús. Acabamos de celebrar su nacimiento: nació de una mujer, la Virgen María; nació bajo la ley, un niño judío, sujeto a la ley del Señor. Pero, ¿cómo es posible? ¿Cómo puede ser este el signo de la «plenitud del tiempo»? Es cierto que por el momento aquel Jesús es casi invisible e insignificante, pero en poco más de treinta años desatará una fuerza sin precedentes, que todavía permanece y perdurará a lo largo de toda la historia: la fuerza del Amor. *El amor da plenitud a todo*, incluso al tiempo; y Jesús es el “concentrado” de todo el amor de Dios en un ser humano.

San Pablo dice claramente *por qué* el Hijo de Dios nació en el tiempo, y cuál es la misión que el Padre le ha encomendado: nació «para rescatar». Esta es la segunda palabra que llama la atención: *rescatar*, es decir, sacar de una condición de esclavitud y devolver a la libertad, a la dignidad y a la libertad propia de los *hijos*. La esclavitud a la que se refiere el apóstol es la de la “ley”, entendida como un conjunto de preceptos a observar, una ley que ciertamente educa al hombre, que es pedagógica, pero que no lo libera de su condición de pecador, sino que, en cierto modo, lo “sujeta” a esta condición, impidiéndole alcanzar la libertad de hijo.

Dios ha enviado al mundo a su Hijo unigénito para erradicar del corazón del hombre la esclavitud antigua del pecado y restituirle así su dignidad. En efecto, del corazón humano –como enseña Jesús en el Evangelio (cf. *Mc* 7,21-23)– salen todas las intenciones perversas, las maldades que corrompen la vida y las relaciones.

Y aquí debemos detenernos, detenernos a reflexionar con dolor y arrepentimiento porque, también en este año que llega a su fin, muchos hombres y mujeres han vivido y viven en *situaciones de esclavitud*, indignas de personas humanas.

También en nuestra ciudad de Roma hay hermanos y hermanas que, por distintos motivos, se encuentran en esta situación. En particular, pienso en tantas personas sin hogar. Son más de diez mil. Su situación es especialmente dura en los meses de invierno. Todos son hijos e hijas de Dios, pero diferentes formas de esclavitud, a veces muy complejas, los han llevado a vivir al borde de la dignidad humana. También Jesús nació en una condición análoga, pero no por casualidad o por accidente: quiso nacer de esa manera para manifestar el amor de Dios por los pequeños y los pobres, y lanzar así la semilla del Reino de Dios en el mundo. Reino de justicia, de amor y de paz, donde nadie es esclavo, sino todos hermanos, hijos del único Padre.

La Iglesia que está en Roma no quiere ser indiferente a las esclavitudes de nuestro tiempo, ni simplemente observarlas y socorrerlas, sino que quiere estar *dentro* de esa realidad, *cercana* a esas personas y a esas situaciones. Cercanía, materna.

Al celebrar la divina maternidad de la Virgen María, quiero animar esa forma de *maternidad* de la Iglesia. Contemplando este misterio, reconocemos que Dios ha «nacido de mujer» para que nosotros pudiésemos recibir la plenitud de nuestra humanidad, «la adopción filial». Por su anonadamiento hemos sido exaltados. De su pequeñez ha venido nuestra grandeza. De su fragilidad, nuestra fuerza. De su hacerse siervo, nuestra libertad.

¿Cómo llamar a todo esto, sino *Amor*? Amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, a quien esta tarde la santa madre Iglesia eleva en todo el mundo su himno de alabanza y de agradecimiento.

III

HOMILÍA EN LA SANTA MISA DE LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS Y LII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

(Basílica Vaticana, 1-1-2019)

«Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores» (Lc 2,18). *Admirarnos*: a esto estamos llamados hoy, al final de la octava de Navidad, con la mirada puesta aún en el Niño que nos ha nacido, pobre de todo y rico de amor. Admiración: es la actitud que hemos de tener al comienzo del año, porque la vida es un don que siempre nos ofrece la posibilidad de empezar de nuevo, incluso en las peores situaciones.

Pero hoy es también un día para admirarse delante de la Madre de Dios: Dios es un niño pequeño en brazos de una mujer, que nutre a su Creador. La imagen que tenemos delante nos muestra a la Madre y al Niño tan unidos que parecen una sola cosa. Es el misterio de este día, que produce una admiración infinita: Dios se ha unido a la humanidad, para siempre. Dios y el hombre siempre juntos, esta es la buena noticia al inicio del año: Dios no es un señor distante que vive solitario en los cielos, sino el Amor encarnado, nacido como nosotros de una madre para ser hermano de cada uno, para estar cerca: el Dios de la cercanía. Está en el regazo de su madre, que es también nuestra madre, y desde allí derrama una ternura nueva sobre la humanidad. Y nosotros entendemos mejor el amor divino, que es paterno y materno, como el de una madre que nunca deja de creer en los hijos y jamás los abandona. El Dios-con-nosotros nos ama independientemente de nuestros errores, de nuestros pecados, de cómo hagamos funcionar el mundo. Dios cree en la humanidad, donde resalta, primera e inigualable, su Madre.

Al comienzo del año, pidámosle a ella la gracia del asombro ante el Dios de las sorpresas. Renovemos el asombro de los orígenes, cuando nació en nosotros la fe. La Madre de Dios nos ayuda: Madre que ha engendrado al Señor, nos engendra a nosotros para el Señor. Es madre y regenera en los hijos el asombro de la fe, porque la fe es un encuentro, no es una religión. La vida sin asombro se vuelve gris, rutinaria; lo mismo sucede con la fe. Y también la Iglesia necesita renovar el asombro de ser morada del Dios vivo, Esposa del Señor, Madre que engendra hijos. De lo contrario, corre el riesgo de parecerse a un hermoso museo del pasado. La "Iglesia museo". La Virgen, en cambio, lleva a la Iglesia la atmósfera de casa, de una casa habitada por el Dios de la novedad. Acojamos con asombro el misterio de la Madre de Dios, como los habitantes de Éfeso en el tiempo del Concilio. Como ellos, la aclamamos «Santa Madre de Dios». *Dejémoslos mirar, dejémonos abrazar, dejémonos tomar de la mano por ella.*

Dejémonos mirar. Especialmente en el momento de la necesidad, cuando nos encontramos atrapados por los nudos más intrincados de la vida, hacemos bien en mirar a la Virgen, a la Madre. Pero es hermoso ante todo dejarnos mirar *por* la Virgen. Cuando ella nos mira, no ve pecadores, sino hijos. Se dice que los ojos son el espejo del alma, los ojos de la *llena de gracia* reflejan la belleza de Dios, reflejan el cielo sobre nosotros. Jesús ha dicho que el ojo es «la lámpara del cuerpo» (Mt 6,22): los ojos de la Virgen saben iluminar toda oscuridad, vuelven a encender la esperanza en todas partes. Su mirada dirigida hacia nosotros nos dice: “Queridos hijos, ánimo; estoy yo, vuestra madre”.

Esta mirada materna, que infunde confianza, ayuda a crecer en la fe. La fe es un vínculo con Dios que involucra a toda la persona, y que para ser custodiado necesita de la Madre de Dios. Su mirada materna nos ayuda a sabernos hijos amados en el pueblo creyente de Dios y a amarnos entre nosotros, más allá de los límites y de las orientaciones de cada uno. La Virgen nos arraiga en la Iglesia, donde la unidad cuenta más que la diversidad, y nos exhorta a cuidar los unos de los otros. La mirada de María recuerda que para la fe es esencial la ternura, que combate la tibieza. *Ternura:* la Iglesia de la ternura. Ternura, palabra que muchos quieren hoy borrar del diccionario. Cuando en la fe hay espacio para la Madre de Dios, nunca se pierde el centro: el Señor, porque María jamás se señala a sí misma, sino a Jesús; y a los hermanos, porque María es Madre.

Mirada de la Madre, mirada de las madres. Un mundo que mira al futuro sin mirada materna es miope. Podrá aumentar los beneficios, pero ya no sabrá ver a los hombres como hijos. Tendrá ganancias, pero no serán para todos. Viviremos en la misma casa, pero no como hermanos. La familia humana se fundamenta en las madres. Un mundo en el que la ternura materna ha sido relegada a un mero sentimiento podrá ser rico de cosas, pero no rico de futuro. Madre de Dios, enséñanos tu mirada sobre la vida y vuelve tu mirada sobre nosotros, sobre nuestras miserias. *Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos.*

Dejémonos abrazar. Después de la mirada, entra en juego el corazón, en el que, dice el Evangelio de hoy, «María conservaba todas estas cosas, meditándolas» (Lc 2,19). Es decir, la Virgen guardaba todo en el corazón, abrazaba todo, hechos favorables y contrarios. Y todo lo meditaba, es decir, lo llevaba a Dios. Este es su secreto. Del mismo modo se preocupa por la vida de cada uno de nosotros: desea abrazar todas nuestras situaciones y presentarlas a Dios.

En la vida fragmentada de hoy, donde corremos el riesgo de perder el hilo, el abrazo de la Madre es esencial. Hay mucha dispersión y soledad a nuestro alrededor, el mundo está totalmente conectado, pero parece cada vez más desunido. Necesitamos confiarnos a la Madre. En la Escritura,

ella abraza numerosas situaciones concretas y está presente allí donde se necesita: acude a la casa de su prima Isabel, ayuda a los esposos de Caná, anima a los discípulos en el Cenáculo... María es el remedio a la soledad y a la disgregación. Es la Madre de la consolación, que consuela porque permanece con quien está solo. Ella sabe que para consolar no bastan las palabras, se necesita la presencia; allí está presente como madre. Permítanosle abrazar nuestra vida. En la *Salve Regina* la llamamos “vida nuestra”: parece exagerado, porque Cristo es la vida (cf. *Jn* 14,6), pero María está tan unida a él y tan cerca de nosotros que no hay nada mejor que poner la vida en sus manos y reconocerla como “vida, dulzura y esperanza nuestra”.

Entonces, en el camino de la vida, *dejémonos tomar de la mano*. Las madres toman de la mano a los hijos y los introducen en la vida con amor. Pero cuántos hijos hoy van por su propia cuenta, pierden el rumbo, se creen fuertes y se extravían, se creen libres y se vuelven esclavos. Cuántos, olvidando el afecto materno, viven enfadados consigo mismos e indiferentes a todo. Cuántos, lamentablemente, reaccionan a todo y a todos, con veneno y maldad. La vida es así. En ocasiones, mostrarse malvados parece incluso signo de fortaleza. Pero es solo debilidad. Necesitamos aprender de las madres que el heroísmo está en darse, la fortaleza en ser misericordiosos, la sabiduría en la mansedumbre.

Dios no prescindió de la Madre: con mayor razón la necesitamos nosotros. Jesús mismo nos la ha dado, no en un momento cualquiera, sino en la cruz: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19,27) dijo al discípulo, a cada discípulo. La Virgen no es algo opcional: debe acogerse en la vida. Es la Reina de la paz, que vence el mal y guía por el camino del bien, que trae la unidad entre los hijos, que educa a la compasión.

Tómanos de la mano, María. Aferrados a ti superaremos los recodos más estrechos de la historia. Llévanos de la mano para redescubrir los lazos que nos unen. Reúnenos juntos bajo tu manto, en la ternura del amor verdadero, donde se reconstituye la familia humana: “*Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios*”. Digámoslo todos juntos a la Virgen: “*Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios*”.

IV

CARTA A LOS OBISPOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA

(1-1-2019)

El pasado 13 de setiembre, durante el encuentro que mantuve con la Presidencia de la Conferencia Episcopal, sugerí que Ustedes hicieran juntos los Ejercicios Espirituales: un tiempo de retiro, oración y discernimiento como eslabón necesario y fundamental en el camino para afrontar y responder evangélicamente a la crisis de credibilidad que atraviesan como Iglesia. Lo vemos en el Evangelio, el Señor en momentos importantes de su misión se retiraba y pasaba toda la noche en oración e invitaba a sus discípulos a hacer lo mismo (Cf. *Mc* 14, 38). Sabemos que la envergadura de los acontecimientos no resiste cualquier respuesta y actitud; por el contrario, exige de nosotros pastores, la capacidad y especialmente la sabiduría de gestar una palabra fruto de la escucha sincera, orante y comunitaria de la Palabra de Dios y del dolor de nuestro pueblo. Una palabra gestada en la oración del pastor que, como Moisés, lucha e intercede por su pueblo (Cf. *Ex* 32, 30-32).

En el encuentro le manifesté al card. DiNardo y a los obispos presentes mi deseo de acompañados personalmente un par de días, en estos Ejercicios Espirituales, lo cual fue recibido con alegría y esperanza. Como sucesor de Pedro quería unirme a Ustedes y con Ustedes implorar al Señor que envíe su Espíritu capaz de «hacer nuevas todas las cosas» (Cf. *Ap* 21,5) y mostrar los caminos de vida que, como Iglesia, estamos llamados a recorrer para el bien de todo el pueblo que nos fue confiado. A pesar de los esfuerzos realizados, por problemas de logística no podré acompañados personalmente. Esta carta quiere suplir, de alguna manera, el viaje fallido. También me alegra que hayan aceptado el ofrecimiento que el predicador de la Casa Pontificia sea quien guíe con su sapiente experiencia espiritual estos Ejercicios Espirituales.

Con estas líneas, quiero estar más cerca y como hermano reflexionar y compartir algunos aspectos que considero importantes, así como estimularlos en la oración y en los pasos que dan en la lucha contra la «cultura del abuso» y en la manera de afrontar la crisis de la credibilidad.

«Entre Ustedes no debe suceder así, el que quiera ser grande, que se haga servidor de Ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos». (*Mc* 10, 43-44). Estas palabras, con las que Jesús cierra el debate y pone luz a la indignación que se produjo entre los discípulos al escuchar a Santiago y Juan pedir sentarse a la derecha y a la izquierda del Maestro (Cf. *Mc* 10, 37) nos servirán de guía en esta reflexión que quiero realizar junto a Ustedes.

El evangelio no teme develar y evidenciar ciertas tensiones, contradicciones y reacciones que existen en la vida de la primera comunidad discipular; es más, pareciera hacerlo *ex professo*: búsqueda de los primeros puestos, celos, envidias, arreglos y acomodados. Así también como todas las intrigas y complots que, secretamente unas veces y públicamente otras, se organizaron en tomo al mensaje y persona de Jesús por parte de las autoridades políticas, religiosas y de los mercaderes de la época (Cf. *Mc* 11, 15-18). Conflictos que aumentaban a medida que se acercaba la Hora de Jesús en su entrega en la cruz cuando el príncipe de este mundo, el pecado y la corrupción parecían tener la última palabra contaminando todo de amargura, desconfianza y murmuración.

Como lo había profetizado el anciano Simeón, los momentos difíciles y de encrucijada tienen la capacidad de sacar a la luz los pensamientos íntimos, las tensiones y contradicciones que habitan personal y comunitariamente en los discípulos (Cf. *Lc* 2, 35). Nadie puede darse por eximido de esto; estamos invitados como comunidad a velar para que, en esos momentos, nuestras decisiones, opciones, acciones e intenciones no estén viciadas (o lo menos viciadas) por estos conflictos y tensiones internas y sean, por sobre todo, una respuesta al Señor que es vida para el mundo. En los momentos de mayor turbación, es importante velar y discernir para tener un corazón libre de compromisos y de aparentes certezas para escuchar qué es lo que más le agrada al Señor en la misión que nos ha encomendado. Muchas acciones pueden ser útiles, buenas y necesarias y hasta pueden parecer justas, pero no todas tienen «sabor» a evangelio. Si me permiten decirlo de manera coloquial: hay que tener cuidado de que «el remedio no se vuelva peor que la enfermedad». Y eso nos pide sabiduría, oración, mucha escucha y comunión fraterna.

1. «Entre ustedes no debe suceder así»

En los últimos tiempos la Iglesia en los Estados Unidos se ha visto sacudida por múltiples escándalos que tocan en lo más íntimo su credibilidad. Tiempos tormentosos en la vida de tantas víctimas que sufrieron en su carne el abuso de poder, de conciencia y sexual por parte de ministros ordenados, consagrados, consagradas y fieles laicos; tiempos tormentosos y de cruz para esas familias y el Pueblo de Dios todo.

La credibilidad de la Iglesia se ha visto fuertemente cuestionada y debilitada por estos pecados y crímenes, pero especialmente por la voluntad de querer disimularlos y esconderlos, lo cual generó una mayor sensación de inseguridad, desconfianza y desprotección en los fieles. La actitud de encubrimiento, como sabemos, lejos de ayudar a resolver los conflictos, permitió que los mismos se perpetuasen e hirieran más pro-

fundamente el entramado de relaciones que hoy estamos llamados a curar y recomponer.

Somos conscientes que los pecados y crímenes cometidos y todas sus repercusiones a nivel eclesial, social y cultural crearon una huella y herida honda en el corazón del pueblo fiel. Lo llenaron de perplejidad, desconcierto y confusión; y esto sirve también muchas veces como excusa para desacreditar continuamente y poner en duda la vida entregada de tantos cristianos que «muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre» (Cf. EG 76). Cada vez que la palabra del Evangelio molesta o se vuelve testimonio incómodo, no son pocas las voces que pretenden silenciarla señalando el pecado y las incongruencias de los miembros de la Iglesia y más todavía de sus pastores.

Huella y herida que también se traslada al interior de la comunión episcopal generando no precisamente la sana y necesaria confrontación y las tensiones propias de un organismo vivo sino la división y la dispersión (Cf. *Mt* 26, 31b), frutos y mociones no ciertamente del Espíritu Santo, sino «del enemigo de natura humana»¹ que saca más provecho de la división y dispersión que de las tensiones y desacuerdos lógicos y esperables en la coexistencia de los discípulos de Cristo.

La lucha contra la cultura del abuso, la herida en la credibilidad, así como el desconcierto, la confusión y el desprestigio en la misión reclaman y nos reclaman una renovada y decidida actitud para resolver el conflicto. «Ustedes saben que aquellos a quienes se consideran gobernantes –nos diría Jesús– dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos los hacen sentir su autoridad. Entre Ustedes no debe suceder así». La herida en la credibilidad exige un abordaje particular pues no se resuelve por decretos voluntaristas o estableciendo simplemente nuevas comisiones o mejorando los organigramas de trabajo como si fuésemos jefes de una agencia de recursos humanos. Tal visión termina reduciendo la misión del pastor y de la Iglesia a mera tarea administrativa/organizativa en la «empresa de la evangelización». Dejémoslo claro, muchas de estas cosas son necesarias, pero insuficientes, ya que no logran asumir y abordar la realidad en su complejidad y corren el riesgo de terminar reduciéndolo todo a problemas organizativos.

La herida en la credibilidad toca neurálgicamente nuestras formas de relacionarnos. Podemos constatar que existe un tejido vital que se vio dañado y, como artesanos, estamos llamados a reconstruir. Esto implica la capacidad –o no– que poseamos como comunidad de construir vínculos y espacios sanos y maduros, que sepan respetar la integridad e intimidad de cada persona. Implica la capacidad de convocar para despertar y dar

¹ San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, 135.

confianza en la construcción de un proyecto común, amplio, humilde, seguro, sobrio y transparente. Y esto exige no sólo una nueva organización sino la conversión de nuestra mente (metánoia), de nuestra manera de rezar, de gestionar el poder y el dinero, de vivir la autoridad así también de cómo nos relacionamos entre nosotros y con el mundo. Las transformaciones en la Iglesia siempre tienen como horizonte suscitar y estimular un estado constante de conversión misionera y pastoral que permita nuevos itinerarios eclesiales cada día más conformes al Evangelio y, por tanto, respetuosos de la dignidad humana. La dimensión programática de nuestras acciones debe ir acompañada de su dimensión paradigmática la cual muestra el espíritu y el sentido de lo que se hace. Una y otra se reclaman y necesitan. Sin este claro y decidido enfoque todo lo que se haga correrá el riesgo de estar teñido de autoreferencialidad, autopreservación y autodefensa y, por tanto, condenado a caer en «saco roto». Será quizás un cuerpo bien estructurado y organizado, pero sin fuerza evangélica, ya que no ayudará a ser una Iglesia más creíble y testimonial sino «campana que resuena o platillo que retiñe» (1 Cor 13, 1).

Una nueva estación eclesial necesita, fundamentalmente, de pastores maestros del discernimiento en el paso de Dios por la historia de su pueblo y no de simples administradores, ya que las ideas se discuten, pero las situaciones vitales se disciernen. De ahí que, en medio de la desolación y confusión que viven nuestras comunidades, nuestro deber es – en primer lugar – encontrar un espíritu común capaz de ayudarnos en el discernimiento, no para obtener la tranquilidad fruto de un equilibrio humano o de una votación democrática que haga «vencer» a unos sobre otros, ¡esto no! Sino una manera colegialmente paterna de asumir la situación presente que proteja –sobre todo– de la desesperanza y de la orfandad espiritual al pueblo que nos fue encomendado². Esto nos posibilita sumergirnos mejor en la realidad, intentando comprenderla y escucharla desde dentro sin quedar presos de la misma.

Sabemos que los momentos de turbación y de prueba suelen amenazar nuestra comunión fraterna, pero sabemos también que pueden convertirse en momentos de gracia que afiancen nuestra entrega a Cristo y la hagan creíble. Esta credibilidad no radicará en nosotros mismos, ni en nuestros discursos, ni en nuestros méritos, ni en nuestra honra personal o comunitaria, símbolos de nuestra pretensión –casi siempre inconsciente– de justificarnos a nosotros mismos a partir de nuestras propias fuerzas y habilidades (o de la desgracia ajena). La credibilidad será fruto de un cuerpo unido que, reconociéndose pecador y limitado es capaz de proclamar la necesidad de la conversión. Porque no queremos anunciarnos a nosotros

² Cf. Jorge M. Bergoglio, *Las cartas de la tribulación*, 12. Ed. Diego De Torres, Buenos Aires (1987).

mismos sino a Aquel que por nosotros murió (2 Cor. 4, 5) y testimoniar cómo en los momentos más oscuros de nuestra historia el Sector se hace presente, abre caminos y unge la fe descreída, la esperanza herida y la caridad adormecida.

La conciencia personal y comunitaria de nuestros límites nos recuerda, como dijo San Juan XXIII que «la autoridad no puede considerarse exenta de sometimiento a otra superior»³ y por tanto no puede aislarse en su discernimiento y en la búsqueda del bien común. Una fe y una conciencia despojada de la instancia comunitaria, como si fuese un «trascendental kantiano», poco a poco termina anunciando «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo» y presentará una falsa y peligrosa oposición entre el ser personal y el ser eclesial, entre un Dios puro amor y la carne entregada de Jesucristo. Es más, se puede correr el riesgo de terminar haciendo de Dios un «ídolo» de un determinado grupo existente. La constante referencia a la comunión universal, como también al Magisterio y a la Tradición milenaria de la Iglesia, salva a los creyentes de la absolutización del «particularismo» de un grupo, de un tiempo, de una cultura dentro de la Iglesia. La Catolicidad se juega también en la capacidad que tengamos los pastores de aprender a escuchamos, ayudar y ser ayudados, trabajar juntos y recibir las riquezas que las otras Iglesias puedan aportar en el seguimiento de Jesucristo. La Catolicidad en la Iglesia no puede reducirse solamente a una cuestión meramente doctrinal o jurídica, sino que nos recuerda que en esta peregrinación no estamos ni vamos solos: «¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él» (1 Cor 12, 26).

Esta conciencia colegial de hombres pecadores en permanente conversión, pero también desconcertados y afligidos con todo lo sucedido, nos permite entrar en comunión afectiva con nuestro pueblo y nos librerá de buscar falsos, rápidos y vanos triunfalismos que pretendan asegurar espacios más que iniciar y despertar procesos. Nos protegerá de recurrir a seguridades anestésicas que impidan acercarnos y comprender el alcance y las ramificaciones de lo acontecido. Por otra parte, favorecerá la búsqueda de medios aptos no ligados a vanos apriorismos ni petrificados en expresiones inmóviles que han perdido la capacidad de hablar y mover a los hombres y mujeres de nuestro tiempo⁴.

La comunión afectiva con el sentir de nuestro pueblo, con su desconianza, nos impulsa a ejercer una colegial paternidad espiritual que no banalice las respuestas ni tampoco quede presa de una actitud a la defensiva sino que busque aprender –como lo hizo el profeta Elías en medio de su desolación– a escuchar la voz del Señor que no se encuentra ni en las tempestades ni en los terremotos sino en la calma que nace de confesar

³ Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 47.

⁴ Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 39.

el dolor en su situación presente y se deja convocar una vez más por Su palabra (1 Re 19, 9-18).

Esta actitud nos pide la decisión de abandonar como *modus operandi* el desprestigio y la deslegitimación, la victimización o el reproche en la manera de relacionarse y, por el contrario, dar espacio a la brisa suave que sólo el Evangelio nos puede brindar. No nos olvidamos que «la falta colegial de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que integra en un camino sincero y real de crecimiento»⁵. Todos los esfuerzos que hagamos para romper el círculo vicioso del reproche, la deslegitimación y el desprestigio, evitando la murmuración y la calumnia en pos de un camino de aceptación orante y vergonzoso de nuestros límites y pecados y estimulando el diálogo, la confrontación y el discernimiento, todo esto nos dispondrá a encontrar caminos evangélicos que susciten y promuevan la reconciliación y la credibilidad que nuestro pueblo y la misión nos reclama. Eso lo haremos si somos capaces de dejar de proyectar en los otros las propias confusiones e insatisfacciones, que constituyen obstáculos para la unidad (Cf. EG 96), y nos atrevamos a ponernos juntos de rodillas delante del Señor y dejarnos interpelar por sus llagas, en las que podremos ver las llagas del mundo. «Ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes – nos diría Jesús – dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos los hacen sentir su autoridad. Entre Ustedes no debe suceder así».

2. «El que quiera ser grande, que se haga servidor de vosotros; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos»

El Pueblo fiel de Dios y la misión de la Iglesia han sufrido y sufren mucho a causa de los abusos de poder, conciencia, sexual y de su mala gestión como para que le sumemos el sufrimiento de encontrar un episcopado desunido, centrado en desprestigiarse más que en encontrar caminos de reconciliación. Esta realidad nos impulsa a poner la mirada en lo esencial y a despojarnos de todo aquello que no ayuda a transparentar el Evangelio de Jesucristo.

Hoy se nos pide una nueva presencia en el mundo conforme a la Cruz de Cristo, que se cristalice en servicio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Recuerdo las palabras de san Pablo VI al inicio de su pontificado: «hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía: el servicio. Debemos recordar todo esto y esforza-

⁵ Francisco, *Gaudete et Exsultate*, 50.

mos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó (Jn. 13, 14-17)»⁶.

Esta actitud no reivindica para sí los primeros lugares ni el éxito o el aplauso de nuestros actos sino que pide, de nosotros pastores, la opción fundamental de querer ser semilla que germinará cuando y donde el Señor mejor lo disponga. Se trata de una opción que nos salva de caer en la trampa de medir el valor de nuestros esfuerzos con los criterios de funcionalidad y eficiencia que rige el mundo de los negocios; más bien el camino es abrirnos a la eficacia y al poder transformador del Reino de Dios que al igual que un grano de mostaza –la más pequeña e insignificante de todas las semillas– logra convertirse en arbusto que sirve para cobijar (Cf. *Mt* 13, 32-33). No podemos permitirnos, en medio de la tormenta, perder la fe en la fuerza silenciosa, cotidiana y operante del Espíritu Santo en el corazón de los hombres y de la historia.

La credibilidad nace de la confianza, y la confianza nace del servicio sincero y cotidiano, humilde y gratuito hacia todos, pero especialmente hacia los preferidos del Señor (*Mt* 25, 31-46). Un servicio que no pretende ser marketinero o estratégico para recuperar el lugar perdido o el reconocimiento vano en el entramado social sino –como quise señalarlo en la última Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*– porque pertenece «a la sustancia misma del Evangelio de Jesús»⁷.

El llamado a la santidad nos defiende de caer en falsas oposiciones o reduccionismos y de callarnos ante un ambiente propenso al odio y a la marginación, a la desunión y a la violencia entre hermanos. La Iglesia «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1) Lleva en su ser y en su seno la sagrada misión de ser tierra de encuentro y hospitalidad no sólo para sus miembros sino con todo el género humano. Pertenece a su identidad y misión trabajar incansablemente por todo aquello que contribuya a la unidad entre personas y pueblos como símbolo y sacramento de la entrega de Cristo en la Cruz por todos los hombres sin ningún tipo de distinción, «ya no hay judío o pagano, esclavo ni hombre libre, varón y mujer, porque todos Ustedes no son más que uno en Cristo Jesús» (*Gal.* 3, 28). Este es su mayor servicio, más aún cuando vemos el resurgimiento de nuevos y viejos discursos fratricidas. Nuestras comunidades hoy deben testimoniar de modo concreto y creativo que Dios es Padre de todos y que ante su mirada la única clasificación posible es la de hijos y hermanos. La credibilidad se juega también en la medida en que ayudemos, junto a otros actores, a hilar un entramado social y cultural que no sólo se está resquebrajando sino también alberga y posibilita nuevos odios. Como Iglesia no podemos quedar presos de una

⁶ Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 39.

⁷ Francisco, *Gaudete et Exsultate*, 97.

u otra trinchera, sino velar y partir siempre desde el más desamparado. Desde allí el Señor nos invita a ser, como reza la Plegaria Eucarística Vd: «en medio de nuestro mundo, dividido por las guerras y discordias, instrumentos de unidad, de concordia y de paz».

¡Qué altísima tarea tenemos entre manos hermanos; no la podemos callar y anestesiar por nuestros límites y faltas! Recuerdo las sabias palabras de Madre Teresa de Calcuta que podemos repetir personal y comunitariamente: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a Usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás»⁸.

Queridos hermanos, el Señor sabía muy bien que, en la hora de la cruz, la falta de unidad, la división y la dispersión, así como las estrategias para liberarse de esa hora serían las tentaciones más grandes que vivirían sus discípulos; actitudes que desfigurarían y dificultarían la misión. Por eso pidió Él mismo al Padre que los cuidara para que, en esos momentos, fueran uno, como ellos dos son uno, y ninguno se perdiese (Cf. *Jn* 17, 11-12). Confiados y sumergiéndonos en la oración de Jesús al Padre queremos aprender de Él y, con determinada deliberación, comenzar este tiempo de oración, silencio y reflexión, de diálogo y comunión, de escucha y discernimiento, para dejar que Él moldee el corazón a su imagen y ayude a descubrir su voluntad.

En este camino no vamos solos, María acompañó y sostuvo desde el inicio a la comunidad de los discípulos; con su presencia maternal ayudó a que la comunidad no se «desmadrara» por los caminos de los encierros individualistas y la pretensión de salvarse a sí misma. Ella protegió a la comunidad discipular de la orfandad espiritual que desemboca en la auto-referencialidad y con su fe les permitió perseverar en lo incomprensible, esperando que llegue la luz de Dios. A ella le pedimos que nos mantenga unidos y perseverantes, como el día de Pentecostés para que el Espíritu sea derramado en nuestros corazones y nos ayude en todo momento y lugar a dar testimonio de su Resurrección.

Queridos hermanos, con estas reflexiones me uno a Ustedes en estos días de Ejercicios Espirituales. Rezo por Ustedes; por favor háganlo por mí.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

⁸ Madre Teresa de Calcuta, *Cristo en los pobres*, 37-38. Francisco, *Gaudete et Exsultate*, 107.

V

HOMILÍA EN EN LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

(Basílica Vaticana, 6-1-2019)

Epifanía: la palabra indica la *manifestación* del Señor quien, como dice san Pablo en la segunda lectura (cf. *Ef* 3,6), se revela a todas las gentes, representadas hoy por los magos. Se desvela de esa manera la hermosa realidad de Dios que viene para todos: Toda nación, lengua y pueblo es acogido y amado por él. Su símbolo es la luz, que llega a todas partes y las ilumina.

Ahora bien, si nuestro Dios se manifiesta a todos, sin embargo, produce sorpresa *cómo* se manifiesta. El evangelio narra un ir y venir entorno al palacio del rey Herodes, precisamente cuando Jesús es presentado como rey: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (*Mt* 2,2), preguntan los magos. Lo encontrarán, pero no donde pensaban: no está en el palacio real de Jerusalén, sino en una humilde morada de Belén. Asistimos a la misma paradoja en Navidad, cuando el evangelio nos hablaba del censo de toda la tierra en tiempos del emperador Augusto y del gobernador Quirino (cf. *Lc* 2,2). Pero ninguno de los poderosos de entonces se dio cuenta de que el Rey de la historia nació en ese momento. E incluso, cuando Jesús se manifiesta públicamente a los treinta años, precedido por Juan el Bautista, el evangelio ofrece otra solemne presentación del contexto, enumerando a todos los “grandes” de entonces, poder secular y espiritual: el emperador Tiberio, Poncio Pilato, Herodes, Filippo, Lisanio, los sumos sacerdotes Anás y Caifás. Y concluye: «Vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto» (*Lc* 3,2). Por tanto, no sobre alguno de los grandes, sino sobre un hombre que se había retirado en el desierto. Esta es la sorpresa: He aquí la sorpresa: Dios no se manifiesta ocupando el centro de la escena.

Al oír esa lista de personajes ilustres, podríamos tener la tentación de “poner el foco de luz” sobre ellos. Podríamos pensar: habría sido mejor si la estrella de Jesús se hubiese aparecido en Roma sobre el monte Palatino, desde el que Augusto reinaba en el mundo; todo el imperio se habría hecho enseguida cristiano. O también, si hubiese iluminado el palacio de Herodes, este podría haber hecho el bien, en vez del mal. Pero la luz de Dios no va a aquellos que brillan con luz propia. Dios se propone, no se impone; ilumina, pero no deslumbra. Es siempre grande la tentación de confundir la luz de Dios con las luces del mundo. Cuántas veces hemos seguido los seductores resplandores del poder y de la fama, convencidos de prestar un buen servicio al evangelio. Pero así hemos vuelto el foco de luz hacia la parte equivocada, porque Dios no está allí. Su luz tenue brilla

en el amor humilde. Cuántas veces, incluso como Iglesia, hemos intentado brillar con luz propia. Pero nosotros no somos el *sol* de la humanidad. Somos la *luna* que, a pesar de sus sombras, refleja la luz verdadera, el Señor. La Iglesia es el *mysterium lunae* y el Señor es la luz de mundo (cf. *Jn* 9,5); él, no nosotros.

La luz de Dios va a quien la acoge. En la primera lectura, Isaías nos recuerda que la luz divina no impide que las tinieblas y la oscuridad cubran la tierra, pero resplandece en quien está dispuesto a recibirla (cf. 60,2). Por eso el profeta dirige una llamada, que nos interpela a cada uno: «Levántate y resplandece, porque llega tu luz» (60,1). Es necesario levantarse, es decir sobreponerse a nuestro sedentarismo y disponerse a caminar, de lo contrario, nos quedaremos parados, como los escribas consultados por Herodes, que sabían bien dónde había nacido el Mesías, pero no se movieron. Y después, es necesario revestirse de Dios que es la luz, cada día, hasta que Jesús se convierta en nuestro vestido cotidiano. Pero para vestir el traje de Dios, que es sencillo como la luz, es necesario despojarse antes de los vestidos pomposos, en caso contrario seríamos como Herodes, que a la luz divina prefirió las luces terrenas del éxito y del poder. Los magos, sin embargo, realizan la profecía, se levantan para ser revestidos de la luz. Solo ellos ven la estrella en el cielo; no los escribas, ni Herodes, ni ningún otro en Jerusalén. Para encontrar a Jesús hay que plantearse un itinerario distinto, hay que tomar un camino alternativo, el suyo, el camino del amor humilde. Y hay que mantenerlo. De hecho, el Evangelio de este día concluye diciendo que los magos, una vez que encontraron a Jesús, «se retiraron a su tierra *por otro camino*» (*Mt* 2,12). Otro camino, distinto al de Herodes. Un camino alternativo al mundo, como el que han recorrido todos los que en Navidad están con Jesús: María y José, los pastores. Ellos, como los magos, han dejado sus casas y se han convertido en peregrinos por los caminos de Dios. Porque solo quien deja los propios afectos mundanos para ponerse en camino encuentra el misterio de Dios.

Vale también para nosotros. No basta saber dónde nació Jesús, como los escribas, si no alcanzamos ese *dónde*. No basta saber, como Herodes, *que* Jesús nació si no lo encontramos. Cuando su *dónde* se convierte en nuestro *dónde*, su *cuándo* en nuestro *cuándo*, su persona en nuestra vida, entonces las profecías se cumplen en nosotros. Entonces Jesús nace dentro y se convierte en *Dios vivo para mí*. Hoy, hermanos y hermanas, estamos invitados a imitar a los magos. Ellos no discuten, sino que caminan; no se quedan mirando, sino que entran en la casa de Jesús; no se ponen en el centro, sino que se postran ante él, que es el centro; no se empecinan en sus planes, sino que se muestran disponibles a tomar otros caminos. En sus gestos hay un contacto estrecho con el Señor, una apertura radical a él, una implicación total con él. Con él utilizan el lenguaje del amor, la misma lengua que Jesús ya habla, siendo todavía un infante. De hecho, los

magos van al Señor no para recibir, sino para dar. Preguntémos: ¿Hemos llevado algún presente a Jesús para su fiesta en Navidad, o nos hemos intercambiado regalos solo entre nosotros?

Si hemos ido al Señor con las manos vacías, hoy lo podemos remediar. El evangelio nos muestra, por así decirlo, una pequeña lista de regalos: oro, incienso y mirra. El *oro*, considerado el elemento más precioso, nos recuerda que a Dios hay que darle siempre el primer lugar. Se le adora. Pero para hacerlo es necesario que nosotros mismos cedamos el primer puesto, no considerándonos autosuficientes sino necesitados. Luego está el *incienso*, que simboliza la relación con el Señor, la oración, que como un perfume sube hasta Dios (cf. *Sal* 141,2). Pero, así como el incienso necesita quemarse para perfumar, la oración necesita también “quemar” un poco de tiempo, gastarlo para el Señor. Y hacerlo de verdad, no solo con palabras. A propósito de hechos, ahí está la *mirra*, el unguento que se usará para envolver con amor el cuerpo de Jesús bajado de la cruz (cf. *Jn* 19,39). El Señor agradece que nos hagamos cargo de los cuerpos probados por el sufrimiento, de su carne más débil, del que se ha quedado atrás, de quien solo puede recibir sin dar nada material a cambio. La gratuidad, la misericordia hacia el que no puede restituir es preciosa a los ojos de Dios. La gratuidad es preciosa a los ojos de Dios. En este tiempo de Navidad que llega a su fin, no perdamos la ocasión de hacer un hermoso regalo a nuestro Rey, que vino por nosotros, no sobre los fastuosos escenarios del mundo, sino sobre la luminosa pobreza de Belén. Si lo hacemos así, su luz brillará sobre nosotros.

VI

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS AL INICIO DEL OCTAVARIO DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

(Basílica de San Pablo Extramuros, 18-1-2019)

Hoy comienza la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, en la que todos estamos invitados a pedir a Dios este gran don. La unidad de los cristianos es fruto de la gracia de Dios y hemos de disponernos a recibirla con un corazón generoso y servicial. Esta tarde me alegra especialmente poder orar con los representantes de otras Iglesias presentes en Roma, a quienes dirijo un saludo cordial y fraterno. También saludo a la delegación ecuménica de Finlandia, a los estudiantes del Instituto Ecuménico de Bossey, en su visita a Roma para conocer más en profundidad a la Iglesia católica, así como a los jóvenes ortodoxos y ortodoxos orientales

que estudian aquí con el apoyo del Comité para la Colaboración Cultural con las Iglesias Ortodoxas, perteneciente al Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.

El libro del Deuteronomio representa al pueblo de Israel acampado en las llanuras de Moab, a punto de entrar en la tierra que Dios le prometió. Aquí, Moisés, como un padre solícito y jefe designado por el Señor, repite la Ley al pueblo, lo instruye y le recuerda que deberá vivir con fidelidad y justicia una vez que se haya establecido en la tierra prometida.

El pasaje que acabamos de escuchar proporciona información sobre cómo celebrar las tres fiestas principales del año: *Pesach* (Pascua), *Shavuot* (Pentecostés), *Sukkot* (Tabernáculos). Cada una de estas fiestas llama a Israel a dar gracias por los bienes recibidos de Dios. La celebración de una fiesta requiere la participación de todos. Nadie puede quedar excluido: «Te regocijarás en presencia del Señor, tu Dios, con tu hijo e hija, tu esclavo y esclava, el levita que haya en tus ciudades, el emigrante, el huérfano y la viuda que haya entre los tuyos» (*Dt* 16,11).

En cada fiesta es necesario hacer una peregrinación «en el lugar que elija el Señor, tu Dios, para hacer morar allí su nombre» (v. 2). Allí, el fiel israelita debe ponerse ante Dios. Aunque todo israelita haya sido un esclavo en Egipto, sin ninguna posesión personal, «no se presentarán al Señor con las manos vacías» (v. 16) y el don de cada uno será en la medida de la bendición que el Señor le dará. Por lo tanto, todos recibirán su parte de la riqueza del país y se beneficiarán de la bondad de Dios.

No es una sorpresa que el texto bíblico pase de la celebración de las tres fiestas principales al nombramiento de los jueces. Las mismas fiestas exhortan al pueblo a la justicia, recordando la igualdad fundamental entre todos sus miembros, todos igualmente dependientes de la misericordia divina, e invitando a cada uno a compartir con los demás los bienes recibidos. Honrar y glorificar al Señor en las fiestas del año va de la mano con el honrar y hacer justicia al prójimo, especialmente si es débil y está necesitado.

Los cristianos de Indonesia, reflexionando sobre la elección del tema para esta Semana de Oración, decidieron inspirarse en estas palabras del Deuteronomio: «*Persigue solo la justicia*» (16,20). A ellos les preocupa mucho que el crecimiento económico de su país, movido por la lógica de la competición, deje a muchos en la pobreza, permitiendo que solo unos pocos se enriquezcan enormemente. Está en riesgo la armonía de una sociedad, en la que conviven personas de diferentes grupos étnicos, idiomas y religiones, compartiendo un sentido de responsabilidad recíproca.

Pero esto no vale solo para Indonesia: esta situación se repite en el resto del mundo. Cuando la sociedad ya no tiene como fundamento el prin-

cipio de la solidaridad y el bien común, se produce el escándalo de ver a personas que viven en la pobreza extrema junto a rascacielos, hoteles imponentes y lujosos centros comerciales, símbolos de inmensa riqueza. Hemos olvidado la sabiduría de la ley mosaica, según la cual, si la riqueza no se comparte, la sociedad se divide.

San Pablo, escribiendo a los romanos, aplica la misma lógica a la comunidad cristiana: los que son fuertes deben ocuparse de los débiles. No es cristiano «buscar la satisfacción propia» (15,1). Siguiendo el ejemplo de Cristo, debemos esforzarnos por edificar a los que son débiles. La solidaridad y la responsabilidad común deben ser las leyes que gobiernan a la familia cristiana.

Como pueblo santo de Dios, también nosotros estamos siempre próximos a entrar en el Reino que el Señor nos ha prometido. Pero, al estar divididos, tenemos que recordar la llamada a la justicia que Dios nos dirige. Incluso entre los cristianos existe el riesgo de que prevalezca la lógica conocida por los israelitas en la antigüedad y por el pueblo indonesio en la actualidad, es decir, que buscando acumular riquezas, nos olvidemos de los débiles y necesitados. Es fácil olvidarse de la igualdad fundamental que existe entre nosotros: que en el principio todos éramos esclavos del pecado y el Señor nos salvó en el bautismo, llamándonos hijos suyos. Es fácil pensar que la gracia espiritual que se nos ha dado es una propiedad nuestra, algo que nos corresponde y nos pertenece. También es posible que los dones recibidos de Dios nos vuelvan ciegos para ver los dones dados a otros cristianos. Es un grave pecado empequeñecer o despreciar los dones que el Señor ha dado a otros hermanos, creyendo que no son de alguna manera privilegiados de Dios. Si compartimos pensamientos similares, dejamos que la misma gracia recibida se convierta en una fuente de orgullo, injusticia y división. ¿Y cómo podremos entrar así en el Reino prometido?

El culto que corresponde a ese Reino, el culto que reclama la justicia, es una fiesta que incluye a todos, una fiesta en la que los dones recibidos se ponen a disposición y se comparten. Para dar los primeros pasos hacia esa tierra prometida que es la de nuestra unidad, ante todo debemos reconocer con humildad que las bendiciones recibidas no son nuestras por derecho, sino por un don, y que nos han sido dadas para que las compartamos con los demás. En segundo lugar, tenemos que reconocer el valor de la gracia concedida a otras comunidades cristianas. Como consecuencia, nuestro deseo será el de participar en los dones de los demás. Un pueblo cristiano renovado y enriquecido por este intercambio de dones será un pueblo capaz de caminar con paso firme y confiado por el camino que conduce a la unidad.

I

DISCURSO EN EL ENCUENTRO CON LOS OBISPOS CENTROAMERICANOS (SEDAC)

(Iglesia de San Francisco de Asís, 24-1-2019)

Gracias, Mons. José Luis Escobar Alas, arzobispo de San Salvador, por las palabras de bienvenida que me dirigió en nombre de todos, entre los cuales aquí presentes encuentroun amigo de travesuras juveniles, es muy lindo eso. Me alegra poder encontrarlos y compartir de manera más familiar y directa sus anhelos, proyectos e ilusiones de pastores a quienes el Señor confió el cuidado del pueblo santo. Gracias por la fraterna acogida.

Poder encontrarme con ustedes es también “regalarme” la oportunidad de poder abrazar y sentirme más cerca de vuestros pueblos, poder hacer míos sus anhelos, también sus desánimos y, sobre todo, esa fe “corajuda” que sabe alentar la esperanza y agilizar la caridad. Gracias por permitirme acercarme a esa fe probada pero sencilla del rostro pobre de vuestra gente que sabe que «Dios está presente, no duerme, está activo, observa y ayuda» (S. Óscar Romero, *Homilía*, 16 diciembre 1979).

Este encuentro nos recuerda un evento eclesial de gran relevancia. Los pastores de esta región fueron los primeros que crearon en América un organismo de comunión y participación que ha dado –y sigue dando todavía– abundantes frutos. Me refiero al Secretariado Episcopal de América Central, el SEDAC. Un espacio de comunión, de discernimiento y de compromiso que nutre, revitaliza y enriquece vuestras Iglesias. Pastores que supieron adelantarse y dar un signo que, lejos de ser un elemento solamente programático, indicó cómo el futuro de América Central –y de cualquier región en el mundo– pasa necesariamente por la lucidez y capacidad que se tenga para ampliar la mirada, unir esfuerzos en un trabajo paciente y generoso de escucha, comprensión, dedicación y entrega, y poder así discernir los horizontes nuevos a los que el Espíritu nos está llevando¹ (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 235).

¹ Quiero hacer presente la memoria de pastores que, movidos por su celo pastoral y su amor a la Iglesia, dieron vida a este organismo eclesial, como Monseñor Luis Chávez y González, arzobispo de San Salvador, y Monseñor Víctor Sanabria, arzobispo de San José de Costa Rica, entre otros.

En estos 75 años desde su fundación, el SEDAC se ha esforzado por compartir las alegrías, las tristezas, las luchas y las esperanzas de los pueblos de Centroamérica, cuya historia se entrelazó y forjó con la historia de vuestra gente. Muchos hombres y mujeres, sacerdotes, consagrados, consagradas y laicos, han ofrecido su vida hasta derramar su sangre por mantener viva la voz profética de la Iglesia frente a la injusticia, el empobrecimiento de tantas personas y el abuso de poder. Recuerdo que, siendo un cura joven, el apellido de algunos de ustedes era *mala palabra*, y la constancia de ustedes mostró el camino, gracias. Ellos nos recuerdan que «quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 107). Y esto, no como limosna sino como vocación.

Entre esos frutos proféticos de la Iglesia en Centroamérica me alegra destacar la figura de san Óscar Romero, a quien tuve el privilegio de canonizar recientemente en el contexto del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes. Su vida y enseñanza son fuente de inspiración para nuestras Iglesias y, de modo particular, para nosotros obispos, él también fue *mala palabra*, sospechado, excomulgado en los cuchicheos privados de tantos obispos.

El lema que escogió para su escudo episcopal y que preside su lápida expresa de manera clara su principio inspirador y lo que fue su vida de pastor: “Sentir con la Iglesia”. Brújula que marcó su vida en fidelidad, incluso en los momentos más turbulentos.

Este es un legado que puede transformarse en testimonio activo y vivificante para nosotros, también llamados a la entrega martirial en el servicio cotidiano de nuestros pueblos, y en este legado me gustaría basarme para esta reflexión, sentir con la Iglesia. La reflexión que quiero compartir con ustedes bajo la figura de Romero. Sé que entre nosotros hay personas que lo conocieron de primera mano –como el cardenal Rosa Chávez, de quien el cardenal Quarracino me dijo que era candidato al premio Nobel de fidelidad– así que, Eminencia, si considera que me equivoco con alguna apreciación me puede corregir, no hay problema. Apelar a la figura de Romero es apelar a la santidad y al carácter profético que vive en el ADN de vuestras Iglesias particulares.

Sentir con la Iglesia

1. Reconocimiento y gratitud

Cuando san Ignacio propone las reglas para sentir con la Iglesia –perdonen la publicidad– busca ayudar al ejercitante a superar cualquier tipo de falsas dicotomías o antagonismos que reduzcan la vida del Espíritu a la

habitual tentación de acomodar la Palabra de Dios al propio interés. Así posibilita al ejercitante la gracia de sentirse y saberse parte de un cuerpo apostólico más grande que él mismo y, a la vez, con la consciencia real de sus fuerzas y posibilidades: ni débil, ni selectivo o temerario. Sentirse parte de un todo, que será siempre más que la suma de las partes (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 235) y que está hermanado por una Presencia que siempre lo va a superar (cf. Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 8).

De ahí que me gustaría centrar este primer *Sentir con la Iglesia*, de la mano de san Óscar, como acción de gracias, o sea gratitud por tanto bien recibido, no merecido. Romero pudo sintonizar y aprender a vivir la Iglesia porque amaba entrañablemente a quien lo había engendrado en la fe. Sin este amor de entrañas será muy difícil comprender su historia y su conversión, ya que fue este único amor el que lo guio hasta la entrega martirial; ese amor que nace de acoger un don totalmente gratuito, que no nos pertenece y que nos libera de toda pretensión y tentación de creernos sus propietarios o únicos intérpretes. No hemos inventado la Iglesia, ella no nace con nosotros y seguirá sin nosotros. Tal actitud, lejos de abandonarnos a la desidia, despierta una insondable e inimaginable gratitud que lo nutre todo. El martirio no es sinónimo de pusilanimidad o de la actitud de alguien que no ama la vida y no sabe reconocer el valor que tiene. Al contrario, el mártir es aquel que es capaz de darle carne y hacer vida esta acción de gracias.

Romero sintió con la Iglesia porque, en primer lugar, amó a la Iglesia y como madre que lo engendró en la fe y se sintió miembro y parte de ella.

2. *Un amor con sabor a pueblo*

Este amor, adhesión y gratitud, lo llevó a abrazar con pasión, pero también con dedicación y estudio, todo el aporte y renovación magisterial que el Concilio Vaticano II proponía. Allí encontraba la mano segura en el seguimiento de Cristo. No fue ideólogo ni ideológico; su actuar nació de una compenetración con los documentos conciliares. Iluminado desde este horizonte eclesial, sentir con la Iglesia es para Romero contemplarla como Pueblo de Dios. Porque el Señor no quiso salvarnos aisladamente sin conexión, sino que quiso constituir un pueblo que lo confesara en la verdad y lo sirviera santamente (cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, 9). Todo un Pueblo que posee, custodia y celebra la «unción del Santo» (*ibíd.*, 12) y ante el cual Romero se ponía a la escucha para no rechazar la inspiración (cf. S. Óscar Romero, *Homilía*, 16 julio 1978). Así nos muestra que el pastor, para buscar y encontrarse con el Señor, debe aprender y escuchar los latidos de su pueblo, percibir “el olor” de los hombres y mujeres de hoy hasta quedar impregnado de sus alegrías y esperanzas, de sus tristezas y angustias (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 1) y así escudriñar la Palabra

de Dios (cf. Const. dogm. *Dei Verbum*, 13). Escucha del pueblo que le fue confiado, hasta respirar y descubrir a través de él la voluntad de Dios que nos llama (cf. *Discurso durante el encuentro para la familia*, 4 octubre 2014). Sin dicotomías o falsos antagonismos, porque solo el amor de Dios es capaz de integrar todos nuestros amores en un mismo sentir y mirar.

Para él, en definitiva, sentir con la Iglesia es tomar parte en la gloria de la Iglesia, que es llevar en sus entrañas toda la kénosis de Cristo. En la Iglesia Cristo vive entre nosotros y por eso tiene que ser humilde y pobre, ya que una Iglesia altanera, una Iglesia llena de orgullo, una Iglesia autosuficiente, no es la Iglesia de la kénosis, nos decía él en una homilía del 1 de octubre del 78.

3. *Llevar en sus entrañas la kénosis de Cristo*

Esta no es solo la gloria de la Iglesia, sino también una vocación, una invitación para que sea nuestra gloria personal y camino de santidad. La kénosis de Cristo no es cosa del pasado sino garantía presente para sentir y descubrir su presencia actuante en la historia. Presencia que no podemos ni queremos callar porque sabemos y hemos experimentado que solo Él es “Camino, Verdad y Vida”. La kénosis de Cristo nos recuerda que Dios salva en la historia, en la vida de cada hombre, que esta es también su propia historia y allí nos sale al encuentro (cf. S. Óscar Romero, *Homilía*, 7 diciembre 1978). Es importante, hermanos, que no tengamos miedo de acercarnos y tocar las heridas de nuestra gente, que también son heridas nuestras y esto hacerlo al estilo del Señor. El pastor no puede estar lejos del sufrimiento de su pueblo; es más, podríamos decir que el corazón del pastor se mide por su capacidad de dejarse conmover frente a tantas vidas dolidas y amenazadas. Hacerlo al estilo del Señor significa dejar que ese sufrimiento golpee, marque nuestras prioridades y nuestros gustos, golpee y marque el uso del tiempo y del dinero e incluso la forma de rezar, para poder unirlo todo y a todos con el consuelo de la amistad de Jesucristo en una comunidad de fe que contenga y abra un horizonte siempre nuevo que dé sentido y esperanza a la vida (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 49). La kénosis de Cristo implica abandonar la virtualidad de la existencia y de los discursos para escuchar el ruido y la cantinela de gente real que nos desafía a crear lazos. Permítanme decirlo: las redes sirven para crear vínculos, pero no raíces, son incapaces de darnos pertenencia, de hacernos sentir parte de un mismo pueblo. Sin este sentir, todas nuestras palabras, reuniones, encuentros, escritos serán signo de una fe que no ha sabido acompañar la kénosis del Señor, una fe que se quedó a mitad camino, cuando, peor [aún] –me recuerdo un pensador latinoamericano– no termina siendo una religión de un Dios sin Cristo, de un Cristo sin Iglesia y de una Iglesia sin pueblo.

La kénosis de Cristo es joven

Esta Jornada Mundial de la Juventud es una oportunidad única para salir al encuentro y acercarse aún más a la realidad de nuestros jóvenes. Realidad llena de esperanzas y deseos, pero también hondamente marcada por tantas heridas. Con ellos podremos leer de modo renovado nuestra época y reconocer los signos de los tiempos porque, como afirmaron los padres sinodales, los jóvenes son uno de los “lugares teológicos” en los que el Señor nos da a conocer algunas de sus expectativas y desafíos para construir el mañana (cf. Sínodo sobre los Jóvenes, *Doc. final*, 64). Con ellos podemos visualizar cómo hacer más visible y creíble el Evangelio en el mundo que nos toca vivir; ellos son como termómetro para saber dónde estamos como comunidad y sociedad.

Ellos portan consigo una inquietud que debemos valorar, respetar, acompañar, y que tanto bien nos hace a todos porque desinstala y nos recuerda que el pastor nunca deja de ser discípulo y siempre está en camino. Esa sana inquietud nos pone en movimiento y nos primerea. Así lo recordaron los padres sinodales al decir: «los jóvenes, en ciertos aspectos, van por delante de los pastores» (*ibíd.*, 66). El pastor en relación a su rebaño no siempre va adelante; por momentos tiene que ir adelante para indicar el camino; por momentos tiene que estar en el medio para olfatear lo que pasa, para entender el rebaño; por momentos tiene que estar detrás para custodiar a los últimos, que no quede ningún rezagado y sea material descartable. Nos tiene que llenar de alegría comprobar cómo la siembra no ha caído en saco roto. Muchas de esas inquietudes e intuiciones de los jóvenes han crecido en el seno familiar alimentadas por alguna abuela o catequista. Hablando de las abuelas, ya es la segunda vez que la veo, la vi ayer y la vi hoy, una viejita así, flacucha, de mi edad o más todavía, con una mitra, se había puesto una mitra que había hecho con cartón y un cartel que decía: “Santidad, las abuelas también hacemos lío”. ¡Una maravilla de pueblo! Y, los jóvenes aprendieron las cosas con la familia o en la parroquia o en la pastoral educativa o juvenil. Esas inquietudes que crecieron en una escucha del Evangelio y en comunidades con fe viva, ferviente que encuentra tierra donde germinar. ¡Cómo no agradecer tener jóvenes inquietos por el Evangelio! Por supuesto que cansa, por supuesto que a veces molesta. Me viene al pensamiento esa frase que decía un filósofo griego, de sí mismo la decía, yo la digo de los jóvenes: Son como un tábano sobre el lomo de un noble caballo, para que no se duerma (cf. Platón, *Apología de Sócrates*). El caballo somos nosotros, ¿no? Esta realidad nos estimula a un mayor compromiso para ayudarlos a crecer ofreciéndoles más y mejores espacios que los engendren al sueño de Dios. La Iglesia por naturaleza es Madre y como tal engendra e incuba vida protegiéndola de todo aquello que amenace su desarrollo. Gestación en libertad y para la libertad. Los exhorto pues, a promover programas y centros educativos

que sepan acompañar, sostener y potenciar a sus jóvenes; por favor, “róbenselos” a la calle antes de que sea la cultura de muerte la que, “vendíendoles humo” y mágicas soluciones se apodere y aproveche de su inquietud y de su imaginación. Y háganlo no con paternalismo, que no lo toleran, no de arriba hacia abajo, porque eso no es tampoco lo que el Señor nos pide, sino como padres, como hermanos a hermanos. Ellos son rostro de Cristo para nosotros y a Cristo no podemos llegar de arriba a abajo, sino de abajo a arriba, nos decía Romero el 2 de septiembre del 79 (cf. S. Óscar Romero, *Homilía*, 2 septiembre 1979).

Son muchos los jóvenes que dolorosamente han sido seducidos con respuestas inmediatas que hipotecan la vida. Y tantos otros a quienes se les ha dado una ilusión cortoplacista en algunos movimientos y que después, sí, los hacen o pelagianos o suficientes de sí mismos y quedan abandonados a mitad de camino. Nos decían los padres sinodales: por constricción o falta de alternativas los jóvenes se encuentran sumergidos en situaciones altamente conflictivas y de no rápida solución: violencia doméstica, feminicidios –qué plaga que vive nuestro continente en esto –, bandas armadas, criminales, tráfico de droga, explotación sexual de menores y de no tan menores, etc., y duele constatar que en la raíz de muchas de estas situaciones se encuentran experiencias de orfandad fruto de una cultura y una sociedad que se fue “desmadrando”, sin madre, los dejó huérfanos. Hogares resquebrajados tantas veces por un sistema económico que no tiene como prioridad las personas y el bien común y que hizo de la especulación “su paraíso” desde donde seguir “engordando” sin importar a costa de quién. Así nuestros jóvenes sin hogar, sin familia, sin comunidad, sin pertenencia, quedan a la intemperie del primer estafador.

No nos olvidemos que «el verdadero dolor que sale del hombre, pertenece en primer lugar a Dios» (Georges Bernanos, *Diario de un cura rural*, 74). No separemos lo que Él ha querido unir en su Hijo.

El mañana exige respetar el presente dignificando y empeñándose en valorar las culturas de vuestros pueblos. En esto también se juega la dignidad: en la autoestima cultural. Vuestros pueblos no son el “patio trasero” de la sociedad ni de nadie. Tienen una historia rica que ha de ser asumida, valorada y alentada. Las semillas del Reino fueron plantadas en estas tierras. Estamos obligados a reconocerlas, cuidarlas y custodiarlas para que nada de lo bueno que Dios plantó se seque por intereses espurios que por doquier siembran corrupción y crecen con la expoliación de los más pobres. Cuidar las raíces es cuidar el rico patrimonio histórico, cultural y espiritual que esta tierra durante siglos ha sabido “mestizar”. Empeñense y levanten la voz contra la desertificación cultural y contra la desertificación espiritual de vuestros pueblos, que provoca una indigencia radical ya que deja sin esa indispensable inmunidad vital que sostiene la dignidad en los momentos de mayor dificultad. Y los felicito por la inicia-

tiva de que esta Jornada Mundial de la Juventud se haya comenzado con la Jornada de la Juventud Indígena, creo que en la diócesis de David y con la Jornada de la Juventud de origen africana, ese fue un buen paso para hacer ver este plurifacetismo de nuestro pueblo.

En la última carta pastoral, ustedes afirmaban: «Últimamente nuestra región ha sido impactada por la migración hecha de manera nueva, por ser masiva y organizada, y que ha puesto en evidencia los motivos que hacen una migración forzada y los peligros que conlleva para la dignidad de la persona humana» (SEDAC, *Mensaje al Pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad*, 30 noviembre 2018).

Muchos de los migrantes tienen rostro joven, buscan un bien mayor para sus familias, no temen arriesgar y dejar todo con tal de ofrecer el mínimo de condiciones que garanticen un futuro mejor. En esto no basta solo la denuncia, sino que debemos también anunciar concretamente una “buena noticia”. La Iglesia, gracias a su universalidad, puede ofrecer esa hospitalidad fraterna y acogedora para que las comunidades de origen y las de destino dialoguen, contribuyan a superar miedos y recelos, y consoliden los lazos que las migraciones, en el imaginario colectivo, amenazan con romper. “Acoger, proteger, promover e integrar” pueblos pueden ser los cuatro verbos con los que la Iglesia, en esta situación migratoria, conjugue su maternidad en el hoy de la historia (cf. Sínodo sobre los Jóvenes, *Doc. final*, 147). El Vicario general de París, Mons. Benoist de Sinety acaba de sacar un libro que tiene como subtítulo: “Acoger [a] los migrantes, un llamado al coraje” (cf. *Il faut que des voix s’élèvent. Accueil des migrants, un appel au courage*, París 2018). Una joya ese libro, él está aquí en la Jornada.

Todos los esfuerzos que puedan realizar tendiendo puentes entre comunidades eclesiales, parroquiales, diocesanas, así como por medio de las Conferencias Episcopales serán un gesto profético de la Iglesia que en Cristo es «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). Y así la tentación de quedarnos en la sola denuncia se disipa y se hace anuncio de la Vida nueva que el Señor nos regala.

Recordemos la exhortación de san Juan: «Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios? Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3,17-18).

Todas estas situaciones plantean preguntas, son situaciones que nos llaman a la conversión, a la solidaridad y a una acción educativa incisiva en nuestras comunidades. No podemos quedar indiferentes (cf. Sínodo sobre los Jóvenes, *Doc. final*, 41-44). El mundo descarta, el espíritu del mundo descarta, lo sabemos y padecemos; la kénosis de Cristo no, la he-

mos experimentado y la seguimos experimentando en propia carne por el perdón y la conversión. Esta tensión nos obliga a preguntarnos continuamente: ¿dónde queremos pararnos?

La kénosis de Cristo es sacerdotal

Es conocida la amistad y el impacto que generó el asesinato del P. Rutilio Grande en la vida de Mons. Romero. Fue un acontecimiento que marcó a fuego su corazón de hombre, sacerdote y pastor. Romero no era un administrador de recursos humanos, no gestionaba personas ni organizaciones, Romero sentía, sentía con amor de padre, amigo y hermano. Una vara un poco alta, pero vara al fin para evaluar nuestro corazón episcopal, una vara ante la cual podemos preguntarnos: ¿Cuánto me afecta la vida de mis curas? ¿Cuánto soy capaz de dejarme impactar por lo que viven, por llorar sus dolores, así como festejar y alegrarme con sus alegrías? El funcionalismo y clericalismo eclesial –tan tristemente extendido, que representa una caricatura y una perversión del ministerio– empieza a medirse por estas preguntas. No es cuestión de cambios de estilos, maneras o lenguajes –importantes ciertamente– sino sobre todo es cuestión de impacto y capacidad de que nuestras agendas episcopales tengan espacio para recibir, acompañar y sostener a nuestros curas, tengan “espacio real” para ocuparnos de ellos. Y eso hace de nosotros padres fecundos.

En ellos normalmente recae de modo especial la responsabilidad de que este pueblo sea el pueblo de Dios. Ellos están en la línea de fuego. Ellos llevan sobre sus espaldas el peso del día y del calor (cf. *Mt 20,12*), están expuestos a un sinfín de situaciones diarias que los pueden dejar más vulnerables y, por tanto, necesitan también de nuestra cercanía, de nuestra comprensión y aliento, ellos necesitan de nuestra paternidad. El resultado del trabajo pastoral, la evangelización en la Iglesia y la misión no se basa en la riqueza de los medios y recursos materiales, ni en la cantidad de eventos o actividades que realicemos sino en la *centralidad de la compasión*: uno de los grandes distintivos que como Iglesia podemos ofrecer a nuestros hermanos. Me preocupa cómo la compasión ha perdido centralidad en la Iglesia, incluso en grupos católicos, o está perdiendo, para no ser tan pesimistas. Incluso en medios de comunicación católicos la compasión no está, el cisma, la condena, el ensañamiento, la valoración de sí mismo, la denuncia de la herejía... No se pierda en nuestra Iglesia la compasión y que no se pierda en el obispo la centralidad de la compasión. La kénosis de Cristo es la expresión máxima de la compasión del Padre. La Iglesia de Cristo es la Iglesia de la compasión, y eso empieza por casa. Siempre es bueno preguntarnos como pastores: ¿Cuánto impacta en mí la vida de mis sacerdotes? ¿Soy capaz de ser padre o me consuelo con ser mero ejecutor? ¿Me dejo incomodar? Recuerdo las palabras de Benedic-

to XVI al inicio de su pontificado hablándole a sus compatriotas: «Cristo no nos ha prometido una vida cómoda. Quien busca la comodidad con Él se ha equivocado de camino. Él nos muestra la senda que lleva hacia las cosas grandes, hacia el bien, hacia una vida humana auténtica» (Benedicto XVI, *Discurso a los peregrinos alemanes*, 25 abril 2005). El obispo tiene que crecer todos los días en la capacidad de dejarse incomodar, de ser vulnerable a sus curas. Estoy pensado en uno, ex obispo de una diócesis grande, muy trabajador, tenía las audiencias en la mañana y era bastante, bastante frecuente que cuando terminaba las audiencias en la mañana y ya no veía la hora de ir a comer, había dos curas ahí que no estaban en la agenda esperándolo, y este volvía atrás y los atendía como si tuviera toda la mañana por delante. Dejarse incomodar y dejar que los fideos se pasen y que la chuleta se enfríe. Dejarse incomodar por los curas.

Sabemos que nuestra labor, en las visitas y encuentros que realizamos –sobre todo en las parroquias– tiene una dimensión y componente administrativo que es necesario desarrollar. Asegurar que se haga sí, pero eso no es ni sería sinónimo de que seamos nosotros los que lo tenemos que hacer y utilizar el escaso tiempo en tareas administrativas. En las visitas, lo fundamental y lo que no podemos delegar es “el oído”. Hay muchas cosas que hacemos a diario que deberíamos confiarlas a otros. Lo que no podemos encomendar, en cambio, es la capacidad de escuchar, la capacidad de seguir la salud y vida de nuestros sacerdotes. No podemos delegar en otros la puerta abierta para ellos. Puerta abierta que cree condiciones que posibiliten la confianza más que el miedo, la sinceridad más que la hipocresía, el intercambio franco y respetuoso más que el monólogo disciplinador.

Recuerdo esas palabras de beato Rosmini–acusado de hereje y hoy beato–: «No hay duda de que solo los grandes hombres pueden formar a otros grandes hombres [...]. En los primeros siglos, la casa del obispo era el seminario de los sacerdotes y diáconos. La presencia y la vida santa de su prelado, resultaba ser una lección candente, continua, sublime, en la que se aprendía conjuntamente la teoría en sus doctas palabras y la práctica en asiduas ocupaciones pastorales. Y así se veía crecer a los jóvenes Atanasios junto a los Alejandros» (Antonio Rosmini, *Las cinco llagas de la santa Iglesia*, 63).

Es importante que el cura encuentre al padre, al pastor en el que “mirarse”, no al administrador que quiere “pasar revista de las tropas”. Es fundamental que, con todas las cosas en las que discrepamos e inclusive los desacuerdos y discusiones que puedan existir (y es normal y esperable que existan), los curas perciban en el obispo a un hombre capaz de jugarse, dar la cara por ellos, de sacarlos adelante y ser mano tendida cuando están empantanados. *Un hombre de discernimiento que sepa orientar y encontrar caminos concretos y transitables en las distintas encrucijadas de cada historia personal.* Cuando estaba en Argentina a veces escuchaba

gente que decía: “Llamé al obispo –curas, ¿no?–, y la secretaria me dijo que tenía la agenda llena y que llamara dentro de veinte días, y no me preguntó qué quería, nada” –“Quiero ver al obispo. No puede, así que yo lo anoto en la lista”–. Claro, después ya no llamó más el cura y siguió con lo que quería consultarle –bueno o malo– dentro de sí. Esto es, no un consejo sino una cosa que digo del corazón, que tengan la agenda llena, bendito sea Dios, así van a comer tranquilos porque se ganaron el pan, pero si ustedes ven un llamado de un cura hoy, a más tardar mañana llámenlo: “Che, vos me llamaste, qué pasa, ¿podés esperar hasta tal día o no?”. Ese cura desde ese momento sabe que tiene padre.

La palabra autoridad etimológicamente viene de la raíz latina *augere* que significa aumentar, promover, hacer progresar. La autoridad en el pastor radica especialmente en ayudar a crecer, en promover a sus presbíteros, más que en promoverse a sí mismo –eso lo hace un solterón no un padre–. La alegría del padre/pastor es ver que sus hijos crecieron y que fueron fecundos. Hermanos, que esa sea nuestra autoridad y el signo de nuestra fecundidad.

Y el último punto: La kénosis de Cristo es pobre

Sentir con la Iglesia es sentir con el pueblo fiel, el pueblo sufriente y esperanzador de Dios. Es saber que nuestra identidad ministerial nace y se entiende a la luz de esta pertenencia única y constituyente de nuestro ser. En este sentido quisiera recordar con ustedes lo que san Ignacio nos escribía a los jesuitas: «la pobreza es madre y muro», engendra y contiene. Madre porque nos invita a la fecundidad, a la generatividad, a la capacidad de donación que sería imposible en un corazón avaro o que busca acumular. Y muro porque nos protege de una de las tentaciones más sutiles que enfrentamos los consagrados, la mundanidad espiritual: ese revestir de valores religiosos y “piadosos” el afán de poder y protagonismo, la vanidad e incluso el orgullo y la soberbia. Muro y madre que nos ayuden a ser una Iglesia que sea cada vez más libre porque está centrada en la kénosis de su Señor. Una Iglesia que no quiere que su fuerza esté –como decía Mons. Romero– en el apoyo de los poderosos o de la política, sino que se desprende con nobleza para caminar únicamente tomada de los brazos del crucificado, que es su verdadera fortaleza. Y esto se traduce en signos concretos, en signos evidentes, y esto nos cuestiona e nos impulsa a un examen de conciencia sobre nuestras opciones y prioridades en el uso de los recursos, en el uso de las influencias y posicionamientos. La pobreza es madre y muro porque custodia sobre todo nuestro corazón para que no se deslice en concesiones y compromisos que debilitan la libertad y parresía a la que el Señor nos llama.

Hermanos, antes de terminar pongámonos bajo el manto de la Virgen, recemos juntos para que ella custodie nuestro corazón de pastores y nos ayude a servir mejor al Cuerpo de su Hijo, el santo Pueblo fiel de Dios que camina, vive y reza aquí en Centroamérica. Recémosle a la Madre.

Que Jesús los bendiga, la Virgen los cuide. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí para que cumpla todo lo que dije. Muchas gracias.

II

HOMILÍA EN LA LITURGIA PENITENCIAL CON LOS JÓVENES PRIVADOS DE LIBERTAD

(Centro de Cumplimiento de Menores Las Garzas de Pacora, 25-1-2019)

«Este recibe a los pecadores y come con ellos» acabamos de escuchar en el evangelio (*Lc 15,2*). Y eso es lo que murmuraban algunos fariseos, escribas, doctores de la ley, bastante escandalizados, bastante molestos por el modo como se comportaba Jesús.

Con esa expresión pretendían descalificarlo, desvalorizarlo delante de todos, pero lo único que consiguieron fue señalar una de las actitudes de Jesús más comunes, más distintivas, más lindas: «Este recibe a los pecadores y come con ellos». Y todos somos pecadores, todos, y por eso nos recibe Jesús con cariño, a todos los que estamos acá, y si alguno no se siente pecador –de todos los que estamos aquí– sepa que Jesús no lo va a recibir, se pierde lo mejor.

Jesús no tiene miedo de acercarse a aquellos que, por un montón de razones, cargaban sobre sus espaldas con el odio social como eran los publicanos –recordemos que los publicanos se enriquecían en base a saquear a su mismo pueblo; ellos provocaban mucha pero mucha indignación– o también tenían el odio social porque habían tenido algún error en su vida, errores y equivocaciones, alguna culpa, y así los llamaban pecadores. Jesús lo hace porque sabe que en el cielo hay más fiesta por uno solo de los que se equivocan, de los pecadores convertidos, que por noventa y nueve justos que permanecen bien (cf. *Lc 15,7*).

Y mientras esta gente se limitaba a murmurar o a indignarse porque Jesús se juntaba con la gente señalada por algún error social, algún pecado, y cerraban las puertas de la conversión, del diálogo con Jesús, Jesús se acerca y se compromete, Jesús pone en juego su reputación e invita siempre a mirar un horizonte capaz de hacer nueva la vida, de hacer nueva la historia. Todos, todos, tenemos un horizonte, todos. “Yo no lo tengo”, puede decir alguno. Abrí la ventana y lo vas a encontrar, abrí la ventana

de tu corazón, abrí la ventana del amor que es Jesús y lo vas a encontrar. Todos tenemos un horizonte. Son dos miradas bien diferentes que se contraponen, la de Jesús y la de estos doctores de la ley. Una mirada estéril e infecunda –la de la murmuración y el chisme, el que siempre está hablando mal de los otros y se siente justo– y otra que invita a la transformación y a la conversión –que es la del Señor–, a una vida nueva como vos expresaste recién.

La mirada de la murmuración y del chisme

Y esto no es de aquella época, es de hoy también. Muchos no toleran y no les gusta esta opción de Jesús, es más, entre dientes al principio y con gritos al final, manifiestan su disgusto buscando desacreditar este comportamiento de Jesús y de todos los que están con él. No aceptan, rechazan esta opción de estar cerca y ofrecer nuevas oportunidades. Esta gente condena de una vez para siempre, descalifica de una vez para siempre y se olvidan que a los ojos de Dios ellos están descalificados y necesitan ternura, necesitan de amor y de comprensión, pero no lo quieren aceptar. Con la vida de la gente parece más fácil poner rótulos y etiquetas que congelan y estigmatizan no solo el pasado sino también el presente y el futuro de las personas. Les ponemos etiquetas a la gente: “este es así”, “este hizo esto, y ya está”, y tiene que cargar con eso por el resto de sus días. Así son esta gente que murmura –los chismosos–, son así. Y rótulos en definitiva, lo único que logran es dividir: acá están los buenos y allá están los malos; acá están los justos y allá los pecadores. Y eso Jesús no lo acepta, eso es la cultura del adjetivo, nos encanta adjetivar a la gente, nos encanta: “¿Vos cómo te llamas? Me llamo bueno”. No, ese es un adjetivo. ¿Cómo te llamas? –ir al nombre de la persona–, ¿quién sos?, ¿qué hacés?, ¿qué ilusiones tenés?, ¿cómo siente tú corazón? A los chismosos no le interesa, buscan rápido una etiqueta para sacárselos de encima. La cultura del adjetivo que descalifica a las personas. Piensen en eso para no caer en esto que se nos ofrece tan fácilmente en la sociedad.

Esta actitud contamina todo porque levanta un muro invisible que hace creer que, marginando, separando, aislando, se resolverán mágicamente todos los problemas. Y cuando una sociedad o comunidad se permite esto y lo único que hace es cuchichear, chismear y murmurar, entra en un círculo vicioso de divisiones, reproches y condenas. Curioso, esta gente que no acepta a Jesús así, y lo que nos enseña Jesús, es gente que está peleada siempre entre ellos, se están condenando entre ellos, entre los que se llaman justos. Y además es una actitud de marginación y exclusión, de confrontación que le hace decir irresponsablemente como Caifás: «Mejor que se muera uno por el pueblo, y que no perezca la nación entera» (*Jn* 11,50). Mejor que estén guardados todos allí, que no vengan a molestar, nosotros

queremos vivir tranquilos. Es duro esto y con esto se tuvo que enfrentar Jesús y con esto nos enfrentamos nosotros hoy. Normalmente el hilo se corta por la parte más fina: la de los pobres y la de los indefensos. Y son los que más sufren estas condenas sociales, que no permiten levantarse.

Qué dolor genera ver cuando una sociedad concentra sus energías más en murmurar e indignarse que en luchar y luchar para crear oportunidades y transformación.

La mirada de la conversión, la otra mirada

En cambio, todo el evangelio está marcado por esta otra mirada que no es nada más y nada menos que la que nace del corazón de Dios. Dios nunca te va a echar, Dios no echa a nadie, Dios te dice: “vení”. Dios te espera y te abraza y, si no sabés el camino, te va a buscar, como hizo este pastor con las ovejas. En cambio, la otra mirada rechaza. El Señor quiere hacer fiesta cuando ve a sus hijos que retornan a casa (cf. *Lc 15,11-32*). Y así lo testimonió Jesús manifestando hasta el extremo el amor misericordioso del Padre. Tenemos Padre –lo dijiste vos, me gustó esa confesión tuya–, tenemos Padre. Yo tengo un Padre que me quiere: cosa linda. Un amor, el de Jesús, que no tiene tiempo para murmurar, sino que busca romper el círculo de la crítica superflua e indiferente, neutra y aséptica. Te doy gracias Señor –decía aquel doctor de la Ley–, porque no soy como ese, no soy como ese. Estos, que creen que tienen el alma purificada diez veces en una ilusión de vida aséptica que no sirve para nada. Una vez le escuché decir a un campesino una cosa que me llegó: ¿El agua más pura cuál es? Sí, el agua destilada –decía él–. Usted sabe padre que cuando la tomo no tiene sabor a nada, así es la vida de los que están criticando y chismean-do, y separándose de los demás: se sienten tan puros, tan asépticos, que no tienen sabor a nada; son incapaces de convocar a alguien; viven para cuidarse, para hacerse la cirugía estética en el alma y no para tender la mano a otros y ayudarlos a crecer, que es lo que hace Jesús, que acepta la complejidad de la vida y de cada situación; el amor de Jesús, el amor de Dios, el amor del Padre Dios –que dijiste vos–, es un amor que inaugura una dinámica capaz de inventar caminos, ofrecer oportunidades de integración y de transformación, oportunidades de sanación, perdón, y salvación. Y comiendo con los publicanos y los pecadores, Jesús rompe la lógica que separa, que excluye, que aísla, que divide falsamente entre “buenos y malos”. Y no lo hace por decreto o con buenas intenciones, tampoco con voluntarismos o sentimentalismo. ¿Cómo lo hace Jesús? *Creando vínculos*, vínculos capaces de posibilitar nuevos procesos; apostando y celebrando cada paso posible. Por eso Jesús cuando Mateo se convierte –lo van a ver en el Evangelio–, no le dice: “Bueno, está bien, te felicito, vení conmigo”. No, le dice: “Hagamos fiesta en tu casa” e invita a todos sus amigos, que

eran como Mateo condenados por la sociedad, a hacer fiesta. El chismoso, el que separa, no sabe hacer fiesta porque tiene el corazón amargado.

Crear vínculos, hacer fiesta, es lo que hace Jesús y de esa manera rompe con otra murmuración nada fácil de detectar y que “taladra los sueños” porque repite como susurro continuo: “No vas a poder, no vas a poder”. Cuántas veces ustedes la han sentido: “No vas a poder”. Cuidado, eso es como la polilla, que te va comiendo por dentro. Cuando vos sentís “no vas a poder”, date un cachetazo: “Sí, voy a poder y te lo voy a demostrar”. Es el cuchicheo interior, el chisme interior que aparece en quien, habiendo llorado su pecado y consciente de su error no cree que pueda cambiar. Y esto sucede cuando se cree interiormente que el que nació “publicano” tiene que morir “publicano”; y esto no es verdad, el Evangelio nos dice todo lo contrario. Once de los doce apóstoles eran pecadores pesados, porque cometieron el peor de los pecados: abandonaron a su Maestro, otros renegaron de él, otros se escaparon lejos. Traicionaron, los apóstoles, y Jesús les fue buscando uno a uno, y son los que cambiaron el universo. A ninguno se le ocurrió decir: “No vas a poder”, porque habiendo visto el amor de Jesús después de esa traición, “voy a poder porque vos me vas a dar la fuerza”. Cuidado con la polilla del “no vas a poder”, mucho cuidado.

Amigos: Cada uno de nosotros es mucho más que los rótulos que nos ponen, es mucho más que los adjetivos que nos quieren poner, es mucho más de la condena que nos impusieron. Y así Jesús nos enseña y nos lo invita a creer. La mirada de Jesús nos desafía a pedir y buscar ayuda para transitar los caminos de la superación. Hay veces que la murmuración parece ganar, pero no la crean, no la escuchen. Busquen y escuchen las voces que impulsan a mirar hacia delante y no las que los tiran abajo. Escuchen las voces que le abren la ventana y le hacen ver el horizonte: “Sí, pero está lejos”. “Pero vas a poder. Míralo bien y vas a poder”. A cada vez que viene la polilla con el “no vas a poder”, vos contestáله desde adentro: “Voy a poder”, y miren el horizonte.

La alegría y la esperanza del cristiano –de todos nosotros, y también del Papa– nace de haber experimentado alguna vez esta mirada de Dios que nos dice: “vos sos parte de mi familia y no te puedo dejar a la intemperie”, eso es lo que nos dice Dios a cada uno, porque Dios es Padre –lo dijiste vos–: “Vos sos parte de mi familia y no te voy a dejar a la intemperie, no te voy a dejar tirado en la cuneta, no, no puedo perderte en el camino –nos dice Dios, a cada uno, con nombre y apellido–, yo estoy aquí contigo”. ¿Aquí? Sí, Señor. Esto es haber sentido como lo compartiste vos, Luis, que en aquellos momentos que parecía que todo se había acabado algo te dijo: “¡No! Todo no ha terminado”, porque tenés un propósito grande que te permite comprender que el Padre Dios estaba y está con todos nosotros y nos regala personas con las que caminar y ayudarnos a alcanzar nuevas metas.

Y así Jesús transforma la murmuración en fiesta y nos dice: “¡Alegrá- te conmigo, vamos a hacer fiesta!”. En la parábola del hijo pródigo –me gustó una vez que encontré una traducción–, dice que el padre cuando vio que el hijo ya volvía a la casa, dice: “Vamos a hacer fiesta”, y ahí empezó la fiesta. Y una traducción decía: “Y ahí empezó el baile”. La alegría, la alegría con que somos recibidos por Dios con el abrazo del Padre; empezó el baile.

Hermanos: Ustedes son parte de la familia, ustedes tienen mucho para compartir, ayúdenos a saber cuál es la mejor manera para estar y acompañar el proceso de transformación que, como familia, todos necesitamos.

Una sociedad se enferma cuando no es capaz de hacer fiesta por la transformación de sus hijos, una comunidad se enferma cuando vive de la murmuración aplastante, condenatoria e insensible, el chisme. Una sociedad es fecunda cuando logra generar dinámicas capaces de incluir e integrar, de hacerse cargo y luchar para crear oportunidades y alternativas que den nuevas posibilidades a sus hijos, cuando se ocupa en crear futuro con comunidad, educación y trabajo. Esa comunidad es sana. Y si bien puede experimentar la impotencia de no saber el cómo, no se rinde y lo vuelve a intentar. Y todos tenemos que ayudarnos para aprender, en comunidad, a encontrar estos caminos, a intentarlo de nuevo y a intentarlo de nuevo. Es una alianza que tenemos que animarnos a realizar: ustedes, chicos, chicas, los responsables de la custodia y las autoridades del Centro y el Ministerio, todos y sus familias, así como los agentes de Pastoral. Todos, peleen y peleen, pero no entre ustedes por favor, peleen, ¿para qué? para encontrar y buscar los caminos de inserción y de transformación. Y esto el Señor lo bendice, esto el Señor lo sostiene y esto el Señor lo acompaña.

En breve continuaremos con la celebración penitencial donde todos podremos experimentar la mirada del Señor, que no mira un adjetivo nunca, mira un nombre, mira a los ojos, mira el corazón, no mira un rótulo ni una condena, sino que mira hijos. Mirada de Dios que desmiente las descalificaciones y nos da la fuerza para crear esas alianzas necesarias que nos ayudan a todos a desmentir las murmuraciones, esas alianzas fraternas que permiten que nuestras vidas sean siempre una invitación a la alegría de la salvación, a la alegría de tener un horizonte adelante, a la alegría de la fiesta de hijo. Vayamos por este camino. Gracias.

III

DISCURSO EN LA VIGILIA CON LOS JÓVENES

(Campo San Juan Pablo II – Metro Park, 26-1-2019)

Vimos este hermoso espectáculo sobre el Árbol de la Vida que nos muestra cómo la vida que Jesús nos regala es una historia de amor, una *historia de vida* que quiere mezclarse con la nuestra y echar raíces en la tierra de cada uno. Esa vida no es una salvación colgada “en la nube” esperando ser descargada, ni una “aplicación” nueva a descubrir o un ejercicio mental fruto de técnicas de autosuperación. Tampoco la vida que Dios nos ofrece es un “tutorial” con el que aprender la última novedad. La salvación que Dios nos regala es *una invitación a formar parte de una historia de amor* que se entreteje con nuestras historias; que vive y quiere nacer entre nosotros para que demos fruto allí donde estemos, como estemos y con quien estemos. Allí viene el Señor a plantar y a plantarse; es el primero en decir “sí” a nuestra vida, él siempre va primero. Es el primero a decir sí a nuestra historia, y quiere que también digamos “sí” junto a Él. Él siempre nos *primerea*, es primero.

Y así sorprendió a María y la invitó a formar parte de esta historia de amor. Sin lugar a dudas la joven de Nazaret no salía en las “redes sociales” de la época, ella no era una “*influencer*”, pero sin quererlo ni buscarlo se volvió *la mujer que más influenció en la historia*. Y le podemos decir con confianza de hijos: María, la “*influencer*” de Dios. Con pocas palabras se animó a decir “sí” y a confiar en el amor, a confiar en las promesas de Dios, que es la única fuerza capaz de renovar, de hacer nuevas todas las cosas. Y todos nosotros hoy tenemos algo que hacer nuevo adentro, hoy tenemos que dejar que Dios renueve algo en mi corazón. Pensemos un poquito: ¿qué quiero yo que Dios renueve en mi corazón?

Siempre llama la atención la fuerza del “sí” de María, Joven. La fuerza de ese «hágase» que le dijo al ángel. Fue una cosa distinta a una aceptación pasiva o resignada. Fue algo distinto a un “sí” como diciendo: bueno, vamos a probar a ver qué pasa. María no conocía esa expresión: vamos a ver qué pasa. Era decidida, supo de qué se trataba y dijo “sí”, sin vueltas. Fue algo más, fue algo distinto. Fue el “sí” de quien quiere comprometerse y el que quiere arriesgar, de quien quiere apostar todo, sin más seguridad que la certeza de saber que era portadora de una promesa. Y yo les pregunto a cada uno de ustedes. ¿Se sienten portadores de una promesa? ¿Qué promesa tengo en el corazón para llevar adelante? María tendría, sin dudas, una misión difícil, pero las dificultades no eran una razón para decir “no”. Seguro que tendría complicaciones, pero no serían las mismas complicaciones que se producen cuando la cobardía nos paraliza por no

tener todo claro o asegurado de antemano. ¡María no compró un seguro de vida! ¡María se jugó y por eso es fuerte, por eso es una *influencer*, es la *influencer* de Dios! El “sí” y las ganas de servir fueron más fuertes que las dudas y las dificultades.

Esta tarde también escuchamos cómo el “sí” de María hace eco y se multiplica de generación en generación. Muchos jóvenes a ejemplo de María arriesgan y apuestan, guiados por una promesa. Gracias Erika y Rogelio por el testimonio que nos han regalado. Fueron valientes estos: merecen un aplauso. Gracias. Compartieron sus temores, las dificultades, todo el riesgo vivido ante el nacimiento de Inés. En un momento dijeron: «A los padres, por diversas circunstancias, nos cuesta aceptar la llegada de un bebé con alguna enfermedad o discapacidad», eso es cierto, es comprensible. Pero lo sorprendente fue cuando agregaron: «al nacer nuestra hija decidimos amarla con todo nuestro corazón». Ante su llegada, frente a todos los anuncios y dificultades que aparecían, tomaron una decisión y dijeron como María «hágase», decidieron amarla. Frente a la vida de vuestra hija frágil, indefensa y necesitada la respuesta de ustedes, Erika y Rogelio, fue “sí”, y ahí tenemos a Inés. ¡Ustedes se animaron a creer que el mundo no es solo para los fuertes ¡Gracias!

Decir “sí” al Señor, es animarse a abrazar la vida como viene con toda su fragilidad y pequeñez y hasta muchas veces con todas sus contradicciones e insignificancias con el mismo amor con el que nos hablaron Erika y Rogelio. Asumir la vida como viene. Es abrazar nuestra patria, nuestras familias, nuestros amigos tal como son, también con sus fragilidades y pequeñeces. Abrazar la vida se manifiesta también cuando damos la bienvenida a todo lo que no es perfecto, a todo lo que no es puro ni destilado, pero por eso no es menos digno de amor. ¿Acaso alguien por ser discapacitado o frágil no es digno de amor? Les pregunto: un discapacitado, una persona discapacitada, una persona frágil, ¿es digna de amor? [¡Sí!] No se oye bien... [¡Sí!] Entendieron. Otra pregunta. A ver cómo responden. Alguien por ser extranjero, por haberse equivocado, por estar enfermo o en una prisión ¿es digno de amor? [¡Sííí!] Y así lo hizo Jesús: abrazó al leproso, al ciego, al paralítico, abrazó al fariseo y al pecador. Abrazó al ladrón en la cruz e incluso abrazó y perdonó a quienes lo estaban crucificando.

¿Por qué? Porque *solo lo que se ama puede ser salvado*. Vos no podés salvar una persona, vos no podés salvar una situación, sino la amás. Solo lo que se ama puede ser salvado. ¿Lo repetimos? [juntos] Solo lo que se ama puede ser salvado. Otra vez. [jóvenes: “Solo lo que se ama puede ser salvado”] No olvidemos. Por eso nosotros somos salvados por Jesús, porque nos ama y no puede con su genio. Podemos hacerle las mil y unas, pero nos ama, y nos salva. Porque solo lo que se ama puede ser salvado. Solo lo que se abraza puede ser transformado. El amor del Señor es más grande que todas nuestras contradicciones, que todas nuestras fragilidades y

que todas nuestras pequeñeces. Pero es precisamente a través de nuestras contradicciones, fragilidades y pequeñeces como Él quiere escribir esta historia de amor. Abrazó al hijo pródigo, abrazó a Pedro después de las negaciones y nos abraza siempre, siempre, siempre después de nuestras caídas ayudándonos a levantarnos y ponernos de pie. Porque la verdadera caída –atención a esto– *la verdadera caída, la que es capaz de arruinar la vida es la de permanecer en el piso y no dejarse ayudar*. Hay un canto alpino muy lindo que van cantando mientras suben la montaña: “En el arte de ascender, la victoria no está en no caer, sino en no permanecer caído”. No permanecer caído... La mano para que te alcen. No permanecer caído.

¡El primer paso es *no tener miedo de recibir la vida como viene, no tener miedo de abrazar la vida como es*. Este es el árbol de la vida que hemos visto hoy.

Gracias Alfredo por tu testimonio y la valentía de compartirlo con todos nosotros. Me impresionó mucho cuando decías: «comencé a trabajar en la construcción hasta que se terminó dicho proyecto. Sin empleo las cosas tomaron otro color: sin colegio, sin ocupación y sin trabajo». Lo resumo en los cuatro “sin” que dejaron nuestra vida sin raíces y se seca: *sin* trabajo, *sin* educación, *sin* comunidad, y *sin* familia. Es decir vidas sin raíces. Sin trabajo, sin educación, sin comunidad, y sin familia. Estos cuatro “sin” matan.

Es imposible que alguien crezca si no tiene raíces fuertes que ayuden a estar bien sostenido y agarrado a la tierra. Es fácil “volarse” cuando no hay desde donde agarrarse, de donde sujetarse. Y esta es una pregunta que los mayores estamos obligados a hacernos, los mayores que estamos aquí, es más, es una pregunta que ustedes tendrán que hacernos, ustedes los jóvenes tendrán que hacernos a los mayores y tendremos el deber de responderla: ¿qué raíces les estamos dando? ¿Qué cimientos para construirse como personas les estamos facilitando? Es una pregunta para nosotros los mayores. Qué fácil resulta criticar a los jóvenes y pasar el tiempo murmurando si les privamos de oportunidades laborales, educativas y comunitarias desde donde agarrarse y soñar un futuro. Sin educación es difícil soñar futuro, sin trabajo es muy difícil soñar futuro, sin familia y sin comunidad es casi imposible soñar futuro. Porque soñar el futuro es aprender a responder no solo para qué vivo, sino *para quién* vivo, para quién vale la pena gastar mi vida. Y eso lo tenemos que facilitar nosotros, los mayores, dándoles trabajo, educación, comunidad, oportunidades.

Como nos decía Alfredo, cuando uno se descuelga y queda sin trabajo, sin educación, sin comunidad y sin familia al final del día nos sentimos vacíos y terminamos llenando ese vacío con cualquier cosa, con cualquier verdura. Porque ya no sabemos para quién vivir, luchar y amar. A los

mayores que están aquí y a los que nos están viendo les pregunto: ¿Qué hacés vos para generar futuro, ganas de futuro en los jóvenes de hoy? ¿Sos capaz de luchar para que tengan educación, para que tenga trabajo, para que tengan familia, para que tengan comunidad? Cada uno de los grandes respondámonos en el corazón.

Recuerdo una vez charlando con unos jóvenes que uno me pregunta: ¿por qué hoy muchos jóvenes no se preguntan sobre si Dios existe o les cuesta creer en Él y les falta tanto compromiso por la vida? Les contesté: Y ustedes, ¿qué piensan sobre esto? Entre las respuestas que surgieron en la conversación me acuerdo de una que me tocó el corazón y tiene que ver con la experiencia que Alfredo compartía: Padre, “es que muchos de ellos sienten que, poco a poco, dejaron de existir para otros, se sienten muchas veces invisibles”. Muchos jóvenes sienten que dejaron de existir para otros, para la familia, para la sociedad para la comunidad..., y entonces mucha veces se sienten invisibles. Es la cultura del abandono y de la falta de consideración. No digo todos, pero muchos sienten que no tienen mucho o nada para aportar porque no cuentan con espacios reales desde donde sentirse convocados. ¿Cómo van a pensar que Dios existe si ellos, estos jóvenes, hace tiempo dejaron de existir para sus hermanos y para la sociedad? Así los estamos empujando a no mirar el futuro. Y a caer en las garras de cualquier droga, de cualquier cosa que los destruye. Podemos preguntarnos: ¿Qué hago yo con los jóvenes que veo? ¿Los critico, o no me interesan? ¿Los ayudo, o no me interesan? ¿Es verdad que para mí dejaron de existir hace tiempo?

Lo sabemos bien, no basta estar todo el día conectado para sentirse reconocido y amado. Sentirse considerado e invitado a algo es más grande que estar “en la red”. Significa encontrar espacios en el que puedan con sus manos, con su corazón y con su cabeza sentirse parte de una comunidad más grande que los necesita, y que también ustedes, jóvenes, necesitan.

Y eso los santos lo entendieron bien. Pienso por ejemplo en Don Bosco que no se fue a buscar a los jóvenes a ninguna parte. A ver acá, los que quieren a Don Bosco, un aplauso. Don Bosco no se fue a buscar a los jóvenes a ninguna parte lejana o especial, simplemente aprendió a mirar, a ver todo lo que pasaba a su alrededor en la ciudad con los ojos de Dios y, así, su corazón fue golpeado por cientos de niños, de jóvenes abandonados sin estudio, sin trabajo y sin la mano amiga de una comunidad. Muchos vivían en la misma ciudad, muchos criticaban a esos jóvenes, pero no sabían mirarlos con los ojos de Dios. A los jóvenes hay que mirarlos con los ojos de Dios. Él lo hizo, se animó Don Bosco a dar el primer paso: abrazar la vida como se presenta y, a partir de ahí, no tuvo miedo de dar el segundo paso: crear con ellos una comunidad, una familia donde con trabajo y estudio se sintieran amados. *Darles raíces desde donde sujetarse para que puedan*

llegar al cielo. Para que puedan ser alguien en la sociedad. Darles raíces para que se agarren y no los tire abajo el primer viento que viene. Eso hizo Don Bosco, eso hicieron los santos, eso hacen las comunidades que saben mirar a los jóvenes con los ojos de Dios ¿Se animan ustedes los grandes a mirar a los jóvenes con los ojos de Dios? [Sí!]

Pienso en muchos lugares de nuestra América Latina que promueven lo que llaman *familia grande hogar de Cristo* que, con el mismo espíritu de otros centros, buscan recibir la vida como viene en su totalidad y complejidad porque saben que el árbol siempre guarda una esperanza: si es cortado, aún puede retoñar, y no dejará de echar renuevos» (Jb 14,7).

Y siempre se puede “retoñar echar renuevos” siempre se puede empezar de nuevo cuando hay una comunidad, calor de hogar donde echar raíces, que brinda la confianza necesaria y prepara el corazón para descubrir un nuevo horizonte: horizonte de hijo amado, buscado, encontrado y entregado a una misión. Por medio de rostros concretos es como el Señor se hace presente. Decir “sí” como María a esta historia de amor es decir “sí” a ser instrumentos para construir, en nuestros barrios, comunidades eclesiales capaces de callejear la ciudad, abrazar y tejer nuevas relaciones. Ser un “*influencer*” en el siglo XXI es ser custodios de las raíces, custodios de todo aquello que impide que nuestra vida se vuelva gaseosa, que nuestra vida se evapore en la nada. Ustedes los mayores sean custodios de todo aquello que nos permita sentirnos parte los unos de los otros. Custodios de todo aquello que nos haga sentir que nos pertenecemos.

Así lo vivió Nirmeen en la JMJ de Cracovia. Se encontró con una comunidad viva, y alegre, que le salió a su encuentro, le dio pertenencia, por lo tanto identidad, y le permitió vivir la alegría que significa ser encontrada por Jesús. Nirmeen le esquivaba a Jesús. Le esquivaba. Tenía sus distancias, hasta que alguien le hizo ver raíces, le dio pertenencia, y esa comunidad la animó a comenzar ese camino que ella nos contó.

Un santo latinoamericano una vez se preguntó: «El progreso de la sociedad, ¿será sólo para llegar a poseer el último auto o adquirir la última técnica del mercado? ¿En eso se resume toda la grandeza del hombre? ¿No hay nada más que vivir para esto?»(cf. S. Alberto Hurtado, *Meditación de Semana Santa para jóvenes*, 1946). Yo les pregunto a los jóvenes : ¿Ustedes quieren esta grandeza? O no... [¡No!] Están dudosos. No se oye bien acá... no se oye, ¿Qué pasa?... [“¡No!”] La grandeza non es solamente llegar a poseer el último auto, a adquirir la última técnica del mercado. Ustedes fueron creados para algo más. María lo comprendió y dijo: ¡Hágase! Erika y Rogelio lo comprendieron y dijeron: ¡Hágase! Alfredo lo comprendió y dijo: ¡Hágase! Nirmeen lo comprendió y dijo: ¡Hágase! Los hemos escuchado aquí. Amigos, les pregunto: ¿Están dispuestos a decir que “sí”? [“¡Sí!”] ¡Ahora aprendieron a contestar, ya me gusta más! El evangelio nos enseña

que el mundo no será mejor porque haya menos personas enfermas, menos personas débiles, menos personas frágiles o ancianas de quien ocuparse, e incluso no porque haya menos pecadores, no, no será mejor por eso. El mundo será mejor cuando sean más las personas que, como estos amigos que nos han hablado, estén dispuestos y se animen a gestar el mañana y creer en la fuerza transformadora del amor de Dios. A ustedes jóvenes le pregunto: ¿Quieren ser “*influencer*” al estilo de María? [¡Si!]” Ella se animó a decir «hágase». Solo el amor nos vuelve más humanos, no las peleas, no el *bullying*, no el estudio solo: solo el amor nos vuelve más humanos, más plenos, todo el resto son buenos pero vacíos placebos.

Dentro de un momento nos encontraremos con Jesús, Jesús vivo en la Eucaristía. Seguro que van a tener muchas cosas que decirle, muchas cosas que contarle sobre distintas situaciones de sus vidas, de sus familias y de sus países.

Estando frente a Jesús, cara a cara, anímense, no tengan miedo de abrirle el corazón, para que Él renueve el fuego de su amor, que los impulse a abrazar la vida con toda su fragilidad, con toda su pequeñez, pero también con toda su grandeza y su hermosura. Que Jesús los ayude a descubrir la belleza de estar vivos y despiertos. Vivos y despiertos.

No tengan miedo de decirle a Jesús que ustedes también quieren tomar parte en su historia de amor en el mundo, ¡que están para más!

Amigos: Les pido también que en ese cara a cara con Jesús sean buenos, y le pidan por mí para que yo tampoco tenga miedo de abrazar la vida, para que sea capaz de cuidar las raíces y diga como María: ¡Hágase según tu palabra!

IV

HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON LA DEDICACIÓN DEL ALTAR DE LA CATEDRAL BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA ANTIGUA CON SACERDOTES, CONSAGRADOS Y MOVIMIENTOS LAICALES

(26-1-2019)

En primer lugar, quiero felicitar al Señor Arzobispo, que por primera vez después de casi siete años puede encontrarse con su esposa, con esta iglesia, viuda provisoria durante todo este tiempo. Y felicitar a la viuda que deja de ser viuda hoy, con el encuentro con su esposo. También quiero agradecer a todos los que hicieron posible esto: las autoridades y a todo el

pueblo de Dios, todo lo que hicieron para que el Señor Arzobispo pudiera encontrarse con su pueblo, no en casa prestada sino en la suya ¡Muchas gracias!

En el programa estaba previsto que esta ceremonia –por falta de tiempo– tuviera dos significados: la consagración del altar y el encuentro con sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos consagrados. Así que, lo que voy a decir va a estar un poco en esta línea, pensando en los sacerdotes, en las religiosas, los religiosos, los laicos consagrados, sobre todo que trabajan en esta Iglesia particular.

«Jesús, fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era la hora del mediodía. Una mujer de Samaría fue a sacar agua, y Jesús le dijo: “Dame de beber”» (*Jn 4,6-7*).

El evangelio que hemos escuchado no duda en presentarnos a Jesús cansado de caminar. Al mediodía, cuando el sol se hace sentir con toda su fuerza y poder, lo encontramos junto al pozo. Necesitaba calmar y saciar la sed, refrescar sus pasos, recuperar fuerzas para poder continuar con su misión.

Los discípulos vivieron en primera persona lo que significaba la entrega y disponibilidad del Señor para llevar la Buena Nueva a los pobres, vendar los corazones heridos, proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, consolar a los que estaban de duelo, proclamar el año de gracia a todos (cf. *Is 61,1-3*). Son todas situaciones que te toman la vida, te toman la energía; y “no ahorraron” en regalarnos tantos momentos importantes en la vida del Maestro donde también nuestra humanidad pueda encontrar una palabra de Vida.

Fatigado del camino

Es relativamente fácil para nuestra imaginación, compulsivamente productivista, contemplar y entrar en comunión con la actividad del Señor, pero no siempre sabemos o podemos contemplar y acompañar las “fatigas del Señor”, como si esto no fuera cosa de Dios. El Señor se fatigó y en esa fatiga encuentran espacio tantos cansancios de nuestros pueblos y de nuestra gente, de nuestras comunidades y de todos aquellos que están cansados y agobiados (cf. *Mt 11,28*).

Las causas y motivos que pueden provocar la fatiga del camino en nosotros sacerdotes, consagradas, consagrados, miembros de movimientos laicales son múltiples: desde largas horas de trabajo que dejan poco tiempo para comer, descansar, rezar y estar en familia, hasta “tóxicas” condiciones laborales y afectivas que llevan al agotamiento y agrietan el corazón; desde la simple y cotidiana entrega hasta el peso rutinario de quien

no encuentra el gusto, el reconocimiento o el sustento necesario para hacer frente al día a día; desde habituales y esperables situaciones complicadas hasta estresantes y angustiantes horas de presión. Toda una gama de peso a soportar.

Sería imposible tratar de abarcar todas las situaciones que resquebrajan la vida de los consagrados, pero en todas sentimos la necesidad urgente de encontrar un pozo que pueda calmar y saciar la sed, el cansancio del camino. Todas reclaman, como grito silencioso, un pozo desde donde volver a empezar.

De un tiempo a esta parte no son pocas las veces que parece haberse instalado en nuestras comunidades una sutil especie de fatiga, que no tiene nada que ver con la fatiga del Señor. Y aquí tenemos que estar atentos. Se trata de una tentación que podríamos llamar *el cansancio de la esperanza*. Ese cansancio que surge cuando –como en el evangelio– el sol cae como plomo y vuelve fastidiosas las horas, y lo hace con una intensidad tal que no deja avanzar ni mirar hacia adelante. Como si todo se volviera confuso. No me refiero aquí a la «peculiar fatiga del corazón» (cf. Carta enc. *Redemptoris Mater*, 17; Exhort. apost. *Evangelii Gaudium*, 287) de quienes “hechos trizas” por la entrega al final del día logran expresar una sonrisa serena y agradecida; sino a esa otra fatiga, la que nace de cara al futuro cuando la realidad “cachetea” y pone en duda las fuerzas, los recursos y la viabilidad de la misión en este mundo tan cambiante y cuestionador.

Es un cansancio paralizante. Nace de mirar para adelante y no saber cómo reaccionar ante la intensidad y perplejidad de los cambios que como sociedad estamos atravesando. Estos cambios parecieran cuestionar no solo nuestras formas de expresión y compromiso, nuestras costumbres y actitudes ante la realidad, sino que ponen en duda, en muchos casos, la viabilidad misma de la vida religiosa en el mundo de hoy. E incluso la velocidad de esos cambios puede llevar a inmovilizar toda opción y opinión y, lo que supo ser significativo e importante en otros tiempos parece que ya no tiene lugar.

Hermanas y hermanos, el cansancio de la esperanza nace al constatar una Iglesia herida por su pecado y que tantas veces no ha sabido escuchar tantos gritos en los que se escondía el grito del Maestro: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mt 27,46*).

Y así podemos acostumbrarnos a vivir con una esperanza cansada frente al futuro incierto y desconocido, y esto deja espacio a que se instale un gris pragmatismo en el corazón de nuestras comunidades. Todo aparentemente parecería proceder con normalidad, pero en realidad la fe se desgasta, se degenera. Comunidades y presbiterios desilusionados con la realidad que no entendemos o que creemos que no tiene ya lugar

para nuestra propuesta, podemos darle “ciudadanía” a una de las peores herejías posibles para nuestra época: pensar que el Señor y nuestras comunidades no tienen ya nada que decir ni aportar en este nuevo mundo que se está gestando (cf. Exhort. apost. *Evangelii Gaudium*, 83). Y entonces sucede que lo que un día surgió para ser sal y luz del mundo termina ofreciendo su peor versión.

Dame de beber

Las fatigas del camino acontecen y se hacen sentir. Gusten o no gusten están, y es bueno tener la misma valentía que tuvo el Maestro para decir: «dame de beber». Como le sucedió a la Samaritana y nos puede suceder a cada uno de nosotros, no queremos calmar la sed con cualquier agua sino con ese «manantial que brotará hasta la vida eterna» (*Jn* 4,14). Sabemos, como bien lo sabía la Samaritana que cargaba desde hacía años los cántaros vacíos de amores fallidos, que no cualquier palabra puede ayudar a recuperar las fuerzas y la profecía en la misión. No cualquier novedad, por muy seductora que parezca, puede aliviar la sed. Sabemos, como bien lo sabía ella, que tampoco el conocimiento religioso, la justificación de determinadas opciones y tradiciones pasadas o novedades presentes, nos hacen siempre fecundos y apasionados «adoradores espíritu y en verdad» (*Jn* 4,23).

Dame de beber es lo que pide el Señor y es lo que nos pide que digamos nosotros. Y al decirlo, le abrimos la puerta a nuestra cansada esperanza para volver sin miedo al pozo fundante del primer amor, cuando Jesús pasó por nuestro camino, nos miró con misericordia, y nos eligió y nos pidió seguirlo; al decirlo recuperamos la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los nuestros, el momento en que nos hizo sentir que nos amaba, que me amaba, y no solo de manera personal, también como comunidad (cf. *Homilía en la Vigilia Pascual*, 19 abril 2014). Poder decir “dame de beber” es volver sobre nuestros pasos y, en fidelidad creativa, escuchar cómo el Espíritu no engendró una obra puntual, un plan de pastoral o una estructura a organizar sino que, por medio de tantos “santos de la puerta de al lado” –entre los cuales encontramos padres y madres fundadores de institutos seculares, obispos, párrocos que supieron poner fundamento a sus comunidades–, a través de esos santos de la puerta de al lado, regaló vida y oxígeno a un contexto histórico y determinado que parecía asfixiar y aplastar toda esperanza y dignidad.

“Dame de beber” significa animarse a dejarse purificar, a rescatar la parte más auténtica de nuestros carismas fundantes –que no solo se reducen a la vida religiosa sino a la Iglesia toda– y ver de qué forma se pueden expresar hoy. Se trata no solo de mirar con agradecimiento el pasado sino

de ir en búsqueda de las raíces de su inspiración y dejar que resuenen nuevamente con fuerza entre nosotros (cf. Papa Francisco - Fernando Prado, *La fuerza de la vocación*, 42).

“Dame de beber” significa reconocer que necesitamos que el Espíritu nos transforme en mujeres y hombres memoriosos de un encuentro y de un paso, del paso salvífico de Dios. Y con confianza, así como lo hizo ayer, lo seguirá haciendo mañana: «ir a las raíces nos ayuda sin lugar a dudas a vivir el presente, y a vivirlo sin miedo. Tenemos necesidad de vivir sin miedo respondiendo a la vida con la pasión de estar empeñados con la historia, inmersos en las cosas. Con pasión de enamorados» (cf. *ibíd.*, 44).

La esperanza cansada será sanada y gozará de esa «particular fatiga del corazón» cuando no tema volver al lugar del primer amor y logre encontrar, en las periferias y desafíos que hoy se nos presentan, el mismo canto, la misma mirada que suscitó el canto y la mirada de nuestros mayores. Así evitaremos el riesgo de partir desde nosotros mismos y abandonaremos la cansadora auto-compasión para encontrar los ojos con los que Cristo hoy nos sigue buscando, nos sigue mirando, nos sigue llamando e invitando a la misión, como lo hizo en aquel primer encuentro, el encuentro del primer amor.

* * *

Y no, no me parece un acontecimiento menor que esta Catedral vuelva a abrir sus puertas después de mucho tiempo de renovación. Experimentó el paso de los años, como fiel testigo de la historia de este pueblo y con la ayuda y el trabajo de muchos quiso volver a regalar su belleza. Más que una formal reconstrucción, que siempre intenta volver a un original pasado, buscó rescatar la belleza de los años abriéndose a hospedar toda la novedad que el presente le podía regalar. Una Catedral española, india, afroamericana se vuelve así Catedral panameña, de los de ayer pero también de los de hoy que han hecho posible este hecho. Ya no pertenece solo al pasado, sino que es belleza del presente.

Y hoy nuevamente es regazo que impulsa a renovar y alimentar la esperanza, a descubrir cómo la belleza del ayer se vuelve base para construir la belleza del mañana.

Y así actúa el Señor. Nada de cansancio de la esperanza, sí la peculiar fatiga del corazón del que lleva adelante todos los días lo que le fue encomendado en la mirada del primer amor.

Hermanos, no nos dejemos robar la esperanza que hemos heredado, la belleza que hemos heredado de nuestros padres, que ella sea la raíz viva, la raíz fecunda que nos ayude a seguir haciendo bella y profética la historia de salvación en estas tierras.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

Epifanía, una fiesta misionera	95
Lámpara para mis pasos es tu Palabra, Señor	97
Recemos por la unidad de los cristianos	99
Educar en la paz y para la paz	101

Decretos

Revocación del Decreto de 18 de diciembre de 2018 sobre la Iglesia de la Granja de Pinilla de Arlanza	103
---	-----

Otras intervenciones

Entrevista en la revista <i>Illuminare</i>	104
--	-----

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de enero	107
-------------------------------	-----

CURIA
DIOCESANA

Secretaría General

Convocatoria para el Rito de Admisión al Diaconado y Presbiterado	108
Jubilación dentro del sistema de la seguridad social del clero	108
Aprobación de Estatutos	109
La imagen del mes	109
En la Paz del Señor: Rvdo. D. Germán González Martínez y Hna. Concepción Cañas Villaverde .	109
La Parroquia de San Nicolás y San Esteban festeja a los Beatos burgaleses	111
Profesión religiosa en Villamayor de los Montes .	112
Carta del Obispo de Getafe al Sr. Arzobispo	113

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Colegio de arciprestes

Crónica de la reunión ordinaria celebrada el
30-11-2018 115

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias diocesanas 117

COMUNICADOS
ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es 135

El Santo Padre acepta la renuncia a la Diócesis
de Ciudad Rodrigo 135

Nombramiento de Administrador Apostólico
para la Diócesis de Ciudad Rodrigo 136

Mensaje para la Jornada de la Vida Consagrada .. 136

Santo Padre

Dirección en Internet: w2.vatican.va 140

Homilía en las Primeras Vísperas de Santa María
y Te Deum 140

Homilía en la Solemnidad de Santa María, Ma-
dre de Dios 142

Carta a los obispos de la Conferencia Episcopal
de los Estados Unidos de Norte América 145

Homilía en la Solemnidad de la Epifanía 153

Homilía en las Vísperas del Inicio del Octava-
rio de oración por la unidad de los cristianos .. 155

Santo Padre en la JMJ de Panamá

Discurso a los Obispos de Centro América 158

Homilía en la Liturgia Penitencial con jóvenes
privados de libertad 168

Discurso en la Vigilia con los jóvenes 173

Homilía en la Catedral de Santa María la Anti-
gua a sacerdotes, consagrados y movimientos
laicales 178

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L.

Imprime: Rico Adrados, S.L.

Depósito legal: BU-90. – 1967

ISSN: 1885-2033

